



AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana

ISSN: 1695-9752

informacion@aibr.org

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos  
en Red

Organismo Internacional

Martínez Magdalena, Santiago

Anobium: la carcoma política en la casa de muñecas

AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana, vol. 2, núm. 2, mayo-agosto, 2007, pp. 323-364

Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red

Madrid, Organismo Internacional

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62320208>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Santiago Martínez Magdalena

Instituto Darién de Estudios Socioculturales (IDAES), España. E-mail: [cn020844@can.es](mailto:cn020844@can.es)

## Resumen

La práctica de los profesionales sociales, sobre todo en instituciones, está necesitada de nuevas vías de indagación a raíz de la insuficiencia de los métodos habituales: no tanto encaminadas a solventar mejor los problemas cotidianos en la administración de la alteridad social (enfermos mentales, inadaptados, con trastornos de conducta, con necesidad de protección ante situaciones de riesgo social; menores internados en nuestro caso); sino, más bien, en la exigencia de comprender con nuevas perspectivas lo que ocurre "adentro" de unas instituciones que se muestran incomprensibles (laboralmente enajenantes). Las instituciones tienen sus propias dinámicas que no pueden reducirse solamente a conflictos laborales por fuera y competencia (práctica y formativa) por dentro. Propondremos un método de desenajenación laboral entendiendo la práctica social experta (educativa, psicológica, de atención social) como eminentemente política, y con recursos creativos (traslaciones de metáforas) que ayuden a des-aplicar o des-coyuntar las prácticas expertas que configuran y designan una realidad absorbente.

## Palabras clave

Metodología de las ciencias sociales, política en la práctica social, instituciones de menores.

---

## Abstract

The task of the social workers, particularly in institutions, is in the need of finding new ways of research. The problem is not so much in the everyday issues to manage social alterity (people insane or not adapted, people with behavioural problems, in the need of protection for situations of social risk or in the case of this paper, boarding schools and other institutions for children). On the contrary, the problem is to understand what happens "inside" these institutions, that seems to be to be irrational and alienating from the perspective of labour. These institutions have their own dynamics, and these cannot be only seen as situations of labour conflict (from outside) and difference of competencies (from inside). We propose a methodology towards labour desalination that understands the social practice of experts (in education, psychology or social attention) as politics and with creative resources (metaphoric translations) that help to disassemble the expertise practices of an absorbent reality.

## Key words

Methodology of social sciences, politics in the social practice, boarding schools, institutions for children.

A Ester Massó Guijarro,  
escoplo partisano de la antropología

## *Introducción<sup>1</sup>*

**C**on el título queremos exponer un juguete metodológico (de fundamento metonímico-metafórico) novedoso que permita explorar nuevas vías de indagación antropológica con aplicación inmediata y a problemas o asuntos sociales. Un divertimento que principia en el relato corto de José Saramago *Silla* (1983), y que narra la caída del sillón presidencial del régimen autoritario salazarista en Portugal por medio del lento roer de la carcoma (política). Con esta base metafórica, se conjugan varias vías indagatorias: la historiográfica, la literaria, socioantropológica y politológica en un caso aplicado concreto: el estudio de una institución de acogida de menores en “riesgo social”. De esta manera, se asimila, hermenéuticamente, la institución a una Casa de Muñecas, donde los niños institucionalizados son o están subjetivados/objetivados<sup>2</sup> como unos muñecos en una caja, mientras que sus educadores aparecen representados a la manera de unos maniquíes (quintaesencia del virtuosismo profesional). Todo ello conforma el maderamen, barnizado contra la carcoma (política), de la institución de menores. Este panorama se plantea bajo metáforas literarias bien documentadas (Garmendia, 1927; Mesa Gancedo, 2002; Aridjis, 2005). Se alcanza, así, un desplazamiento de sentido, una descoyuntación o desalienación, una *muñequización* “fetichista” en los términos de Marx (Arteta, 1993:233 ss.), en el ejercicio de la profesión social, poniendo de manifiesto con este método, por ejemplo, las normas tácitas de conducta dirigida de los niños-muñecos por los educadores-maniquíes, y de éstos por la dirección institucional, y ésta, a su vez, como reflejo de la política social y la sociedad en definitiva. Normas que, sin estar escritas, pueden “leerse” en otros lugares descoyuntados con este hacer: ejemplarmente en la Biblioteca institucional y sus anaqueles (también de madera) de libros como guías de conducta, que ponen, escriben, o dan por escrito, el discurso ausente: es decir, tácito, no nombrado,

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este artículo se presentó en las IV Jornadas de Historia, metodología e interdisciplinariedad: *La interdisciplinariedad, hoy*, Universidad Nacional de Luján, Argentina, 8-10 de noviembre de 2005. Actas. Igualmente en el I Congreso Iberoamericano de Antropología de La Habana en 2007. La versión que aquí defendemos es la definitiva, ampliada y corregida.

supuesto, sobre sexualidad, conducta, moral, etc. Esta biblioteca, y su nómina de libros, de la casa de acogida que acaba por reducirse a una casa de muñecas, dispone de obras infantiles y manuales de educación, los cuales, en un análisis pormenorizado y sobre líneas, dan fe de esta normatividad no escrita que regula la institución. Libros (biblioteca) de los centros de acogida que, aun estando al alcance de los niños, como literatura infantojuvenil, y de sus educadores, como literatura psicopedagógica, apenas son movidos (para su lectura) de sus anaqueles; pero que, con un análisis exhaustivo, y más allá de su aparente “sin importancia”, dictan y ponen por escrito las normas y sentidos tácitos que permanecen agazapados y acechantes y que regulan en verdad la institución<sup>3</sup>, incomprensible bajo el estudio ordinario psicológico y psiquiátrico, social, organizativo, etc.; incluso etnográfico<sup>4</sup>. De ahí la importancia de nuevas vías de indagación, como las que propondremos enseguida. El educador crítico, en fin, en el momento en que merced a alguna luz desalienante deja de ser maniquí, se convierte así, proverbialmente, en carcoma política, que va horadando el maderamen de esa casa, muñecos, biblioteca, etc., tomando conciencia quizá de la posible maniobra política en la acción social dentro de instituciones totales muy absorbentes en lo afectivo, laboralmente enajenantes, y que sólo permiten entender estos desajustes como *Burn-out*, estrés o términos similares.

---

<sup>2</sup> En sentido marxista (*vide infra*).

<sup>3</sup> Quisiéramos poner un ejemplo que consideramos interesantísimo, y que nos trae a estas consideraciones pasando por encima u obviando interpretaciones ortodoxas o habituales en estos casos clínicos: uno de nuestros menores, diagnosticado con varias etiquetas psiquiátricas que no es necesario mencionar (de carácter psicótico), experimentaba reiterados terrores nocturnos y sueños: concretamente, decía, y parecía manifestar, ser “perseguido” por los gatos (agradabilísimos) de los cuadros que colgaban en las paredes de la habitación en la institución: fotografías de gatos de angora, persas, etc.; además de verse involucrado en luchas sin fin con sus hombrecitos (muñecos de goma de héroes de cómic, personajes de viodejuegos, etc.) y, por último, con los personajes de las novelas infantojuveniles y cómics que leía con fruición.

<sup>4</sup> Como declararemos más adelante, estos estudios y sus metodologías ortodoxas se revelan pronto incompetentes para dar cuenta de una realidad que desde dentro, desde la práctica del trabajador social, educador y pedagogo, desborda y se muestra incomprensible y, por lo mismo, insufrible. Los trabajos socioantropológicos (el mejor, quizás, el de Ariza Segovia, 1993) son vanos, a nuestro juicio, por cuanto si bien arrojan luces reveladoras, lo hacen siempre desde afuera, y apenas sirven a la práctica continuada interna del educador, etc. Nosotros, estando “adentro” como educador de menores durante siete años consecutivos (más otros dos en instituciones psicogeriatrísticas y psiquiátricas), hemos experimentado esta impotencia de los métodos en cursos de formación de estos profesionales (entre los que nos encontramos), incluso y sobre todo, cuando nosotros nos decidimos a indagar y explicar nuestras conclusiones en planes de formación de nuestros compañeros y compañeras (Martínez Magdalena, 1999).

### *I. La alienación del maniquí es la anunciación del Anobio.*

La silla empezó a caer, a venirse abajo, a inclinarse..., a desatarse... Sea desatado, sí, quien en esta silla se sentó, o ya no está sentado, sino cayendo, como es el caso...

Una de las circunstancias profesionales en el trabajo social es la exigida segmentación de la práctica respecto de la vida íntima del profesional social<sup>5</sup>. Como es bien conocido, la teoría y la práctica recomiendan y exigen (p. ej., en distintas escuelas psicológicas)<sup>6</sup> la separación higiénica y objetiva del profesional, que jamás debe perder su rol, respecto del paciente, usuario, asistido, etc., o cualquier otro eufemismo<sup>7</sup>.

Como es obvio, en esta distancia de alteridad entre quien asiste y quien es asistido<sup>8</sup> radica una separación social consensuada, de profundas raíces ideológicas y sociales que, bajo la crítica, no dignifican otra cosa que el mantenimiento del estatuto social del que *ayuda*, bajo la cubierta prestigiosa del “profesional” que, ahora, ya desde la antipsiquiatría, se vela como el que “subyuga” al *ayudado* (el que resiste)<sup>9</sup>. Las tesis de Ferenczi, en su disputa con Freud (Ferenczi, 1997), nos sirven para sancionar la necesidad de renuncia a la ejecución del *tratamiento* o *la ayuda* (sean psicológicos, asistenciales, etc.) en el horizonte teórico, bajo la pérdida del rol y el estatus por él asignados.

<sup>5</sup> Entiendo como «Trabajo social» y, a su vez designo como «profesional social» a todas las profesiones, trabajos y tareas, y a todos los trabajadores, profesionales y similares que, con formaciones o perspectivas disciplinares tales como la psicológica y la psiquiátrica, pedagógica, sociológica, asistencial, etc., se dedican a labores relacionadas con la educación, la intervención social y el tratamiento psicológico en instituciones o comunidades sociales determinadas por poblaciones socialmente sancionadas como marginales, necesitadas de asistencia, integración social, etc. También tendrían cabida ciertas formas de voluntariado social. He preferido, así, unificar un mismo ámbito donde los problemas profesionales suelen ser similares o análogos, reuniendo sensibilidades distintas pero comunicables entre sí.

<sup>6</sup> Algunas, como es conocido, demandan estar atentos a la contratransferencia, etc.; o la separación efectiva mediante el test y la prueba, o el documento y la gestión, o el libro y el ejercicio, etc.

<sup>7</sup> La excepción a esta actitud, notabilísima, es la de Ferenczi, que comentaremos enseguida (Ferenczi, 1997).

<sup>8</sup> Aunque en seguida haremos referencia a la obra de la reformadora Concepción Arenal (ver notas siguientes), quien mejor recoge la diferencia de la alteridad necesitada de ayuda o menesterosa en todos los campos (asistenciales, médicos, sociales, reformadores), en lo que respecta a la relación ordinaria médico-paciente desde una medicina y psiquiatría humanística, podemos recomendar las obras de Laín Entralgo (1961 y 1964), Brautigam (1964), Gebssattel (1966), y otros más.

<sup>9</sup> Bástenos recordar la denominación decimonónica de «El visitador» del «pobre» y del «preso» (también de «el enfermo» o la «mujer caída») de Concepción Arenal (1894, 1946 a y b; cfr. Martínez Magdalena, 1997, y Martínez Magdalena y Gómez Quintero, 2002).

A pesar, por tanto, de esta exigencia de separación de la vida del profesional social respecto a la del paciente, asistido, discente, etc., y sin necesidad de contravenirla, en la práctica social cotidiana se producen continuos fracasos de todas aquellas estrategias que bajo la teoría o la iniciativa personal (las más de las veces, sobre todo cuando las primeras se desvirtúan en el trabajo diario) se han recomendado<sup>10</sup>. Con este resultado, por cierto, no se suele atribuir al profesional una pérdida o disminución de su profesionalidad (aunque sí a menudo en su institución o lugar de trabajo y por los mandos dirigentes de las mismas), sino que su sentimiento de frustración se designa como malestar, afectación, sobrepreocupación, *implicación en demasía*<sup>11</sup>, estrés, *burn-out* o "estar quemado", desmoralización y desmotivación, etc. Estos aspectos designan estados de agotamiento y, por tanto, son reconsiderados por la teoría como necesitados de reeducación o reactualización de la formación, descanso vacacional, reestructuración cognitiva o de cargo o sección laboral, terapia, motivo de acoso o aislamiento laboral y despido, etc.; con lo que se tiende a la conservación del rol y el estatuto<sup>12</sup>. Cuando no, en caso contrario, de abandono forzado o sugerido, a menudo bajo sentimiento de infravalía y culpa en trabajos que son calificados, de manera acusadora en estos casos, de "vocacionales": para gente sacrificada y "comprometida" con la entidad y su "causa", que hipotequen sus vidas en mayores implicaciones; paradójicamente, porque otras

<sup>10</sup> Como suele ocurrir, algo que no deja de ser muy *político*, por diplomático, se achacan los fracasos, precisamente, a las *resistencias* que el paciente opone (tenida por contraproducente e impertinente, claro está). De aquél del que se esperaría una sumisión obediente, por ejemplo en el cumplimiento de la prescripción médica y la colaboración en la atención asistencial; predicciones que se esperan desde la teoría implícita de la alteridad menesterosa (*asistencial*, si se quiere mejor). Además, esta colaboración se la debería el paciente a sí mismo, siendo en verdad una autoexigencia de carácter moral que se estable en el mismo vínculo de la relación ayudador-necesitado. Lo que se ve a las claras en la obra de Concepción Arenal, 1894 y 1946 a y b (cfr. Martínez Magdalena, 1997, y Martínez Magdalena y Gómez Quintero, 2002).

<sup>11</sup> Otro eufemismo, en fin, muy obscuro, que remite a la peligrosidad de atravesar los límites de la ayuda en los términos psicoanalíticos que critica Ferenczi.

<sup>12</sup> Es importante comprobar cómo la institución fagocita a sus trabajadores, hasta dejarlos exhaustos, como despojos; necesitados, a su vez, de terapia por la fatiga o el desgaste laboral: se trata más bien de una cuestión de amabilidad autoritaria o displicencia de la autoridad hacia sus vástagos, que son, en definitiva, quienes ejecutan la disciplina y quienes se han de someter, en otro grado jerárquico, a la misma. El profesional social debe ser -así se le exige- un *virtuoso* de su técnica, *ciego*, sumiso al mando y la teoría (Martínez Magdalena, 2003b). Pese a que en ocasiones se dispone de terapias de grupo para trabajadores, apenas y muy lastimosamente se resuelven problemas internos institucionales. El apoyo sindical es en esto, asimismo, muy ineficiente. Este tipo de empresas sociales que regentan las instituciones, por último, se convierten en sumideros afectivos y laborales por su puerta deatrás, mientras que en los mass-media aparecen impolutas con un prestigio sociopolítico neto (Martínez Magdalena, 2003b).

veces esto supone la calificación de poca profesionalidad o asimilaciones parecidas (Martínez Magdalena, 2003b)<sup>13</sup>.

Nosotros pensamos, sin embargo, que esta sensación de frustración y agotamiento, que no es otra cosa que una especie de alienación laboral, no es suficientemente explotada de manera que, creativamente, aliente reconsideraciones teóricas internas de la misma teoría y práctica en su contenido e intencionalidad. Bajo la asunción primera del horizonte teórico de la renuncia al rol y el estatuto (lo que no supone en absoluto el abandono definitivo del trabajo o la profesión, que como decimos es sólo teórico, posible, situado en un horizonte accesible, como posibilidad), vamos a considerar su potencia explicativa como punta de lanza que en lugar de alejarnos, nos acerque al necesitado, el asistido, el discente, el paciente, etc., teniendo muy presente que este re-acercamiento tiene que, como exigencia y guía de avance, *modificar* la frontera de asignación y designación de unos y otros, de profesionales sociales y asistidos, discentes, enfermos...; procurando desterrar roles y entrever subjetividades polisémicas, entreveradas, complejas, en ciernes -móviles, densas, difusas-, creativas y, por último, más que susceptibles de empoderamiento, poderosas. Será precisamente el ejercicio cultivado y sistemático (con método)<sup>14</sup> de esta alienación laboral la que nos conduzca a nuevas vías exploratorias bajo el concepto teórico de «Desquiciamiento calculado». De este modo, la asunción de la maniobra política, aunque estrecha, de los profesionales sociales en instituciones, permite subvertir el trabajador vocacional, resistente, afín a la entidad (el «virtuoso» de Virno, 2003), por otro, “quemado” a conciencia, fracasado *por sistema* con E. Canetti (Lynch, 1982), el que llamaremos «Anobio» siguiendo la idea literaria de J. Saramago en *Silla* (1983). Veremos, por tanto, cómo la conciencia de la alienación estratégicamente calculada del educador institucional permite contemplar la anunciacón del Anobio, posibilitando la maniobra política en la práctica profesional social.

---

<sup>13</sup> El “no aguantar” en estos trabajos es tachado inmediatamente como incapacidad profesional e inadecuación para el cargo o puesto; así aprovechada por la dirección institucional, para disimular despidos o bajas en que las que el trabajador acaba por autoasignarse esa incapacidad reveladora. En ocasiones contrarias, por ejemplo cuando se ha superado una crisis en el centro (incluso con agresiones físicas solventadas “profesionalmente” mediante partes de denuncia, etc.), esta actitud constituye profesionalidad suficiente, la que incluso puede llegar a ser premiada, como mérito, en promociones internas.

<sup>14</sup> *El fracaso es un sistema* derivaremos de la obra de Elías Canetti (Lynch, 1982).

## *II. Un maderamen barnizado: la anticarcoma.*

[C]ierta perfección habremos de reconocer en esta, finalmente, única silla que continúa cayendo. No fue construida a propósito para el cuerpo que en ella se ha venido a sentar desde hace muchos años..., por no ser de pino, o cerezo, o higuera... y ser de madera habitualmente usada para muebles de calidad y para durar, *verbigratia*, caoba.

La institución que nos va a servir de ejemplo analítico es, como adelantamos, una institución de menores en situación de “riesgo social” en la que, como medida cautelar o de plena intervención, se *acoge* al menor desamparado. De cualquier forma, lo creemos extensible a cualquier centro de menores, también con medidas de internamiento, y, comparativamente, como ejemplo de institución total (Goffman, 1994) y benthamiana (Bentham, 1989, Foucault, 2000). Estos centros, que llamaremos Instituciones de Menores, tienen una organización específica (Ariza Segovia, 1993; Serrado Soldevilla, 1996 y 1998; Moreno Díaz, 1998; Molina Martínez, 1996; Suñol, 1995; Martínez Sánchez, 1995; García Méndez, 1991; Fuertes Zurita y Fernández del Valle, 2001; Fernández del Valle y Fuertes Zurita, 2000; Bueno Bueno, 1995), en la que se dispone de una pedagogía y recursos de intervención social adecuados (Vega, 1989; Moraleda Cabanillas, 1996 y 1998; Mondragón y Trigueros, 2002; Merino Fernández, 1998; Melendro Estefanía, 1998; Suñol, 1995; Bueno Bueno, 1995) a supuestos procesos de inadaptación sociofamiliar, psicosocial y afectivoconductual, que permiten definir a los sujetos objetivo de la intervención como “menores en situación de *riesgo social*” (Valverde Molina, 1993; Morente Mejías, 1997; Muñoz Sedano, 1998; Molina Martínez, 1996; Melendro Estefanía, 1998; González González y Morales Díaz, 1996; Correa Gamero y Martín Barroso, 1996). Aunque no vamos a desgranar aquí las críticas generales a estos centros, sobre todo en relación a las cuestiones éticas y críticas a la organización y concepción de los mismos que suscitan (Ariza Segovia, 1993; Valverde Molina, 1993; Samper, 1996; Sánchez Vidal, 1999; Perinat *et alii*, 1994; Martín Peral, 1994; Laluezza *et alii*, 1994; García Méndez, 1991; Calder, 1995), ni tampoco en relación con la violencia institucional (Abad, 2001) o la crítica a las pedagogías resocializadoras convencionales de pretendido cariz apolítico (Freire, 1990; Gore, 1996; Healy, 2001; Chambon *et alii*, 2001), sí estaremos suscribiéndolas

de manera permanente a cada paso de nuestra propuesta analítica, como habrá de verse. Por supuesto, nosotros hemos ensayado estudios socioetnográficos y antropológicos ordinarios (Martínez Magdalena, 1999 y 2002a), lo que nos permite avanzar en la exploración de propuestas analíticas como las que aquí consignamos<sup>15</sup>.

Resumidamente, la institucionalización que nos sirve de ejemplo supone la segregación del menor respecto de la familia: bien por decisión judicial; bien por determinación administrativa de situación de desamparo; bien por contrato social entre la familia y la administración al manifestar los padres no poder hacerse cargo de un menor conflictivo, o también por atravesar la familia problemas económicos, de salud, de separación y divorcio, malos tratos, adicciones, etc. Esto supone, por tanto, la “acogida” del menor en un hogar de internamiento o integración (piso funcional); una institucionalización de facto, aunque supuestamente temporal, hasta tanto tuviera lugar la restitución del menor a la familia de origen cuando las circunstancias que motivaron el ingreso hubieran remitido. La institución, en sus objetivos, persigue proporcionar al menor acogido un entorno familiar sustitutivo: un hogar funcional de integración, donde convivirá con otros niños en su misma situación, tutelados por un equipo de educadores: parejas educativas *in loco parentis* con los *roles* de madre y padre sustitutos, denominados, respectivamente, preceptor y ama<sup>16</sup> o, más tarde, educadores-monitores; asistidos por servicios internos y externos psicológicos, sociales y pedagógicos (ubicados en departamentos institucionales correspondientes).

---

<sup>15</sup> Esa es la razón por la que nos permitimos citar nuestros estudios (véase la nota 60, explicativa de la Bibliografía).

<sup>16</sup> Aunque no tenemos espacio aquí para dar cuenta de la estructura histórica de nuestras entidades de ejemplo, podemos resumir que: Las Amas eran, generalmente, solteras y de edad respetable, vocacionales (es decir, *dedicadas* por completo, seglares próximas a determinadas confesiones religiosas); en un primer momento, permanecían de continuo en los centros de acogida de menores (llamados “hogares”, con una media de unos 9 niños y niñas); los preceptores eran hombres solteros aunque se les permitía tener relaciones (casarse constituía ya un paso que los conducía a salir de la empresa), y no siempre permanecían en los hogares (se les permitía, con arreglo al rol masculino tradicional), “trabajar fuera de casa”: es decir, podían tener otro trabajo parcial. Las tareas de Ama eran las propias de la casa: cocina, compra, vestimenta, limpieza, etc.; las del Preceptor eran educativas: las relaciones con el colegio, autoridad disciplinaria, etc., así como representativas de los menores en calidad de tutores legales. Posteriormente, al irse profesionalizando la entidad con trabajadores licenciados, etcétera, todos pasaron a denominarse Educadores o Monitores. Estos roles se fueron difuminando. Aunque se ha intentado mantener las parejas educativas (educador-educadora) en los hogares, siempre ha sido muy difícil mantener a los hombres y se da el caso de que en varias ocasiones se dan parejas femeninas.

Esta decisión juridicoadministrativa dictamina asimismo la pertinencia o no de visitas, algunas de las cuales pueden ser incluso vigiladas en el hogar de origen por medio de un educador acompañante.

La labor en el centro u hogar de acogida será pues, resocializadora del niño, combatiendo una supuesta socialización nefasta en el origen familiar, y procurándole una más acorde con los criterios, patrones y fines de la institución (privada concertada, no confesional<sup>17</sup>, en nuestro caso) (Martínez Magdalena, 2002). Para ello, se dispone de diversos recursos de vigilancia panóptica (Bentham, 1989; Foucault, 2002); especialmente para prevenir la clandestinidad (siguiendo a E. Goffman, 1994) del menor dentro del hogar funcional de acogida, actitud que combate en lo posible la vigilancia de los educadores; entre la que destacamos el modo informativo consistente en escuchar las conversaciones de los menores a través de las paredes y ventanas abiertas en habitaciones contiguas<sup>18</sup>, o a través de la intervención directa del teléfono y las cartas y diarios con los familiares y padres, etc.; así como para evitar abusos y regular las interacciones de los niños con sus padres en las visitas estipuladas (vigilancia de las visitas, en el centro o incluso en el hogar familiar). A esto, más allá del panóptico visual benthamiano (Bentham, 1989), lo llamaremos momentáneamente *La oreja de Dionisio*<sup>19</sup>. Empleamos la categoría «La oreja de Dionisio» (bajo los presupuestos de Canetti, 1984 y 2003, y Derrida, 1998) para conceptualizar estas actitudes instituciones, las cuales, a su vez, a partir de las informaciones que elaboran mediante informes técnicos, partes institucionales diarios, etc., designan a los menores como «casos sociales» de intervención o tratamiento, reinstitucionalizando, además, el «Secreto» original: es decir, la causa de internamiento, desconocida por los menores, al menos en parte, u otras veces ocultada a conciencia por la vergüenza que ocasiona su conocimiento público,

<sup>17</sup> Aunque de claro entrampado caritativo por parte de las familias de potentados que fundaron estas entidades, y que denominamos “familias fundacionales” (Martínez Magdalena, 2002 a y 2003 b).

<sup>18</sup> También sirviéndose de recursos como la observación en la calle; y de elementos auxiliares: vecinos, sobre todo; profesores en el colegio, etc. En nuestro caso, recordaremos que los hogares son pisos funcionales o de integración: pisos ordinarios en barriadas normativizadoras.

<sup>19</sup> Una de las primeras cosas que le enseñaron al educador que escribe fue cómo espiar las conversaciones telefónicas de los niños por un teléfono supletorio, intervenir el correo, etc., para obtener información privilegiada con fines supuestamente pedagógicos, de protección y preventivos. Estas conversaciones estaban permitidas estratégicamente, a conciencia, con amigos o padres para obtener información precisa de las relaciones y estado del niño. Ni que decir tiene que estas prácticas estaban consentidas y hasta recomendadas por los servicios pedagógicos, sociales y psicológicos de la institución; el arbitrio de los educadores, por supuesto, contraviene los más elementales derechos del niño y normativas aplicables. La cuestión de la retención y la contención física del niño tutelado es motivo de agrias controversias, incluso legales y normativas.

puesto que a menudo tiene una dimensión sexual e incestuosa. Estas actitudes institucionales, además, cursan mediante procesos de “vigilancia” y prevención de la “contra-vigilancia”, y de “escucha-confesión-materialización escrita en informes y diarios”; información así cosificada y custodiada bajo llave en los archivos de los hogares funcionales, que también son enviados a los departamentos correspondientes de pedagogía, psicología, etc., en las oficinas de la institución. Estos armarios bajo llave donde se custodia por escrito el Secreto, serán atacados, incluso físicamente, por los menores más conflictivos<sup>20</sup>. Por otra parte, los niños, como resulta una evidencia, no están representados en la defensa técnica y profesional de sus “casos”, es decir, en la evaluación de su progresión: diagnóstico y pronóstico; sino que su voz, como también la de sus familiares cuando no está ausente como fondo de la desestructuración, es *tomada* o retomada por los técnicos, lo que supone una especie de nefasta ventriloquia: «La voz ocupada».

Podemos entender, si se nos permite, con «marginación excluyente», el contrasentido o la incoherencia, estratégica y calculada por lo demás en determinadas políticas públicas, que existe en la administración social de un sector de la población al que se denomina “marginal”; sector, muchas veces, con conciencia de estar, quedarse o querer quedarse *al margen* en términos de “resistencia” (Scott, 2003), pero al cual se pretende o se dice *integrar* o incluir (se incluye en tanto cumpla la condición de su marginación obediente) por medio,

---

<sup>20</sup> A esta cuestión, cosificada en la categoría analítica consecutiva “Armario bajo llave” que custodia los informes del menor y su familia, la denominamos «Secreto» (Secreto-Armario bajo llave). Nos parece evidente que los educadores, así, entre otras funciones, y entre varias llaves más (en los hogares se guardan bajo llave alimentos, útiles de casa y del colegio, etc.), tienen el papel, no reconocido, de custodios de la letra, del secreto, o del secreto por la letra. Estas llaves, por cierto, pueden verse en el dibujo que adjuntamos en el Apéndice. Piénsese que en estos archivos se guardan los historiales sociales, psiquiátricos, familiares, escolares, etc., del menor; y sobre la mesa, hoy en el ordenador, los diarios de evaluación continua o diaria de la conducta del niño. Piénsese que en estos papeles está no sólo la historia familiar desconocida por el niño (lo que confiere al educador un poder que impresiona; un doble poder de conocimiento evaluativo), sino los recursos que justifican su estancia en el centro (mal comprendida por los menores, con culpabilidades, etc.), y que condicionarán su futuro (su estatuto legal), que los convierte en “niños en espera” (Martín Peral, 1994), pero, por la habitual cronificación de su situación, “sin esperanza”. Piénsese, por último, que muchos de estos secretos, como nos consta, son de carácter sexual (o de moral sexual), como informes sobre violaciones y abusos deshonestos dentro (incesto) o fuera de la familia, determinación de la imputación o culpabilidad, etc. Es así que conocimos casos dramáticos de sospecha de incesto a partir de abusos fuera de la familia, donde se presionó a la menor para que confesara – probablemente sin fundamentos de que existiera realmente-; o, en otros casos, conocimos acusaciones extra e intrafamiliarmente de abusos deshonestos en situaciones de confusión extrema, etc., que el menor mismo hacía acusando sucesivamente a vecinos, hermanos, etc., y acabando en un patrón histórico masculino con parestesias de conversión. Sea como fuere, y aunque se trata de cuestiones delicadísimas, la crítica, en fondo y forma, a estas instituciones, se mantiene.

precisamente, de un poderoso procedimiento de institucionalización, designación ocupante o fagocitación designativa del margen. Una institucionalización que, por supuesto, *cosifica* perversamente a esta población marginal, enajenándola en sentido marxista, excluyéndola en el mismo proceso que dice buscar su integración social. Existe, por tanto, una doble vuelta de tuerca basada en un discurso disfrazado como servicio o política pública: el reconocimiento de la *marginación*, y su administración *exclusiva* y, por ende, *excluyente*. En tanto el trabajador social participa de este engranaje, resulta un elemento de encarnación del virtuosismo vocacional acrítico (Martínez Magdalena, 2003b). Las políticas de empresa, como hemos explicado, procuran que el personal laboral se convierta en afín a unos principios de marginación excluyente. Los educadores son aquellos resortes reproductores de los valores institucionales. Cualquier crítica *no profesional*, p. ej., de corte sociológico o político, es mal vista y existe una política de contratación de jóvenes licenciados y de no cuidado o abandono de los trabajadores más veteranos (Martínez Magdalena, 2003b)<sup>21</sup>. Así, si advertimos ya que el educador crítico será un nuevo Anobio -la carcoma política que desde dentro cuestione este edificio institucional-, podemos hablar, metafóricamente, de que el articulado (que llamaremos “maderamen”) de la institución está *barnizado* contra la carcoma interna.

### III. La muñequería

Desgraciadamente la caoba, *verbigratia*, no resiste a la carcoma como resiste el... ébano o el palo de hierro... Por ahí podremos estimar las dificultades de la carcoma.

<sup>21</sup> Facilitando su salida si se resisten a cumplir actividades de contravigilancia de compañeros en el trabajo informando a los superiores o técnicos; más tarde, los jóvenes licenciados contratados como educadores, que se definen como profesionales, no vocacionales, con proyectos de vida (pareja, familia, aspiraciones de promoción laboral, etc.), se sindicarán y darán batalla laboral; por cierto, *frente a* la dirección de la institución y *a costa de* los niños institucionalizados la mayoría de las veces, ajenos a estas peleas por los derechos laborales, por lo demás legítimas. Finalmente, la institución emprenderá en un tercer momento, no por la protección de los menores encomendada, sino por evitar los embates sindicales y los conflictos laborales, salvando la imagen corporativa, siempre immaculada de cara a la sociedad y las fuentes de financiación y maniobra política (Martínez Magdalena, 2003b): una “política de personal” estratégica, aprovechando la sangría constante de bajas, abandonos y despidos, reordenando su plantilla con el fin de volverla ideológicamente afín, mediante recursos tales como el nepotismo familiar (recuérdese que estas instituciones fueron creadas por familias potentadas fundacionales), perfiles más adecuados a esos principios, etc. (Martínez Magdalena, 2003b).

A partir de la descripción analítica de nuestras instituciones sociales de marginación excluyente, podemos emprender, con mayor confianza, una ampliación heurística mediante la disposición de una mayor palanca cognitiva. Como explicaremos luego, de los estudios ordinarios de corte socio- y antropológico sobre estas instituciones (Martínez Magdalena, 2002a) se desprendía naturalmente la necesidad de recursos cuasiliterarios: el «caso» de cada menor, que acababa por ser ficticio por mor de la confidencialidad profesional, los diarios que hablan por él, etc.; el «secreto» de su vida o currículo delictivo que recogían los informes y partes de la institución y eran custodiados en el «armario bajo llave» o «Archivo» que atacarán los niños para desvelar su secreto institucional, etc. Lo que nos llevará, al extenderlos, hasta ensayar la ficción sobre la realidad social con el fin de desarticularla, practicando la enajenación calculada, como explicaremos en seguida. Antes de explicar sus fundamentos teóricos, por tanto, el lector va a permitir que lo sumerjamos en un complejo metonímico y metafórico estratégicamente calculado que irá comprendiendo paulatinamente en tanto logremos trasladar el sentido de esa realidad social dada por sentada.

Por esta razón, ensayamos aquí un cuadro analítico que proporcione una mejor explicación de nuestra institución que su anterior descripción socioantropológica: en concreto, pensaremos la institución como nuestro “hogar”, representado vívidamente<sup>22</sup>, compuesto por una Casa de Muñecas o una muñequería: nuestro concreto hogar de acogida de menores en situación de “riesgo social”; donde, dicho de bruces, los menores institucionalizados van a estar representados por muñecos y muñecas, con sus atributos ordinarios (Amorós y Paricio, 2005); los educadores, a su vez, van a ser considerados, en virtud de su virtuosismo moral y experto, maniqués: en ocasiones ejercerán la actividad de libreros gestores de la ficción (así en Garmendia, 1995); y donde se van a desencadenar distintas relaciones entre ellos: de vigilancia y contravigilancia, o mediante maniobras de muñecos de cordajes rotos que, precisamente por estar

---

<sup>22</sup> Lo decimos así, *nuestro hogar*, es decir, los pisos funcionales por los que pasamos como educadores, intencionadamente; y recalcamos que es un sumidero vívido en el recuerdo no para establecer distancia analítica, sino, precisamente para lo contrario, para sumergirnos en él admitiendo o permitiendo la ficción que proporciona el recuerdo (inexacto por naturaleza; tendencioso en cuanto nerviosamente tira de rellenos ficticios para tapar los huecos del olvido y la ignorancia), y para asumir que aquél hogar nuestro es, como decimos bien, un sumidero emocional, donde las relaciones con los menores fueron eminentemente afectivas más allá o a pesar de nuestra función normativizadora o

estropeados -“niños desestructurados” según el eufemismo psicotécnico-, se resisten a ser conducidos. Esta disposición descoyuntará la realidad social a-crítica: la estructuración así instituida y la pedagogía de los límites de la institución, que ya hemos bautizado como un «maderamen barnizado anticarcoma»; a partir de la insuficiencia del análisis crítico de corte socioantropológico ordinario que ensayamos en otro lugar (Martínez Magdalena, 2002a).

Para ayudarnos en nuestra nueva descripción de índole simbólica, contamos también con dos dispositivos adicionales. El dibujo libre, recurso que surgió del aburrimiento en largas y tediosas observaciones, tutelas, vigilancias, etc., en estas instituciones<sup>23</sup>; y el relato corto, explorando la ficción total a partir de cada caso o sensación en la institucionalización (Martínez Magdalena, 2000, 2001 y 2002d). El mejor resumen de nuestra institución es un dibujo que el educador bocetó a propósito con este sentido, y que tituló «Anobium» (Martínez Magdalena, 2005b, tinta sobre papel) y que anexamos (imagen 1). En él, no obstante, podemos ver el laborioso trabajo de la pareja educativa (el preceptor y el ama), transfigurados como maniquíes, intentando construir o ejercitar a sendos niños-muñecos (su condición de títeres o marionetas les confiere otra particularidad), que están depositados en una caja o cesto. El mundo de los muñecos es diminuto y está cerrado con candado (ya sabemos por qué), guardándolos no sólo de la sociedad perversa (de la cual, por cierto, proceden, y conocen bien), sino de su secreto narrativo (diarios, informes, etc.). Todo cobra un orientación lúcida merced a la transposición de sentido que operamos sobre esa realidad de base. El discurso, la narración ficcional (más que ficticia) que lo constituye, está depositada en objetos de fetiche que parecerían carecer de interés narrativo: en dos anaqueles de la librería del hogar institucional (visible también en un dibujo anterior, «Monio», 2002c). Uno con libros de literatura infantil; otro con literatura pedagógica. Dos mundos ficcionales encontrados, enfrentados de raíz: el primero de ficción pura, fantasiosa; el segundo de pretendido carácter científico, de práctica moral. En uno está la fuga, la ficción del ser y el poder ser; en el otro la terrible norma, imposible de cumplir por su misma condición de

educadora; y donde experimentamos relaciones laborales encontradas, manifestadas en situaciones de crisis y sensaciones de agotamiento, impotencia, quemazón, etc..

<sup>23</sup> Nuestra afición a estos dibujos comenzó en las vigilancias de pacientes de síndromes seniles, con tendencias deambulatorias irreprimibles, en una residencia de ancianos. Después lo practicaríamos en nuestras visitas tuteladas a las casas familiares de origen de nuestros menores institucionalizados por mandato judicial (Martínez Magdalena, 2002c y 2003a).

insufrible cancela. En seguida nos ocuparemos de esta Biblioteca normativa que acaba por ser ficticia (diminuta).

Reducir metafóricamente la institución a una «casa de muñecas», no debe resultar, necesariamente, en una excesiva tensión de la cuerda hiperbólica, invalidando su palanca heurística por mor de un celo imaginativo que adecua la realidad a una idea previamente ensoñada. Bastará ojear, por ejemplo, la obra de Bristol y Geddes-Brown «Casas de muñecas» (1998), o la de Eaton (1994), para concluir que, en cada época, éstas, las Casas de muñecas, más que fantasear, imitan escrupulosamente la cotidianeidad de unas relaciones domésticas y sociales en vigor, atendiendo al subtítulo de la primera obra: «Miniaturas de la vida cotidiana y los estilos arquitectónicos desde el siglo XVII a nuestros días»; o al capítulo «Documentación de miniaturas» de la segunda. Se trata, por tanto, de una *miniaturización* (Bachelard, 2004:cap. VII)<sup>24</sup>, de una muñequización adjetivada en tanto realidad miniaturizada (detenido el tiempo conforme a la idea de una época)<sup>25</sup> que elevaremos a categoría analítica. Y esto no forzadamente. Más bien, nosotros, por medio del cultivo de la enajenación calculada, hacemos visible y consciente este procedimiento social ordinario de la miniaturización, parte de la cosificación, de la sociedad<sup>26</sup>. Y es precisamente en el juego infantil, con útiles domésticos miniaturizados, como se produce y reproduce la sociedad en una socialización metonímica y metaforizada. Esta conciencia, en el ejercicio del conocimiento, es la

<sup>24</sup> Un proceso manufacturado que reduce la realidad para imitarla. Y esto en un sentido amplio, incluso mercantil dentro del coleccionismo. Es la opinión de Eaton (1994:6): «Siempre he mantenido que el mundo de las casas de muñecas es pequeño desde todos los puntos de vista». El propio Bachelard (2004:184) entiende que la miniaturización es un *objeto falso* (la casa de muñecas) *provisto de una objetividad psicológica verdadera*.

<sup>25</sup> «En una Casa de muñecas –escribe Eaton–, el tiempo se para y la época histórica permanece inalterable, algo que no podría ocurrir jamás en una casa de tamaño normal. Todo tipo de cosas, hasta las más efímeras, se mantienen en ella, a diferencia de lo que sucede en las de los humanos» (Eaton, 1994:6); más adelante (p. 7) añade una cita de A. C. Benson que suma otras propiedades de lo diminuto, lo delicado, la belleza (lo *encantador* y lo *lujoso* en Bristol, 2000) y la combinación de la totalidad: «Existe una gran belleza en la pequeñez. Uno puede sentir todo el encanto del diseño, del color y de los efectos que produce porque puede ver muchas cosas combinadas y en yuxtaposición...». La propia autora entenderá que es posible hacer historia de las costumbres, la arquitectura, etc., a partir del estudio comparado de las casas de muñecas (Eaton, 1994:134). De todos modos, el mundo de lo pequeño es el mundo propio de lo femenino, «juguetes adorados por las niñas» (p. 6), y las casas de muñecas lugares de réplica de la socialización clasista y femenina (en la p. 54 se muestra un Aula de colegio español, de monjas y niñas, con atributos religiosos, etc.). Melger (2000:Prólogo), por último (*cfr.* Bristol, 2000:Introducción), alude a un rasgo próximo a la detención del tiempo: la melancolía y lo entrañable que retrotrae a la infancia, una infancia perdida por cuanto no fue posible en ella saciar la posesión de muñecas.

<sup>26</sup> Debemos recordar que las primeras casas de muñecas documentadas eran muy sofisticadas, y hechas «para adultos o, en el mejor de los casos, para que los niños las vieran, pero no para que jugaran con ellas» (Bristol y Geddes-Brown, 1998:9).

que haremos nuestra. No abandonamos, por lo demás, el método y el tratamiento socio- y etnográfico.



IMAGEN 1

El cuidado de las muñecas, en fin, es minucioso y delicado y, en ocasiones, no está exento de ternura, siempre y cuando ésta obedezca a una necesidad propia, la del cuidador-maniquí (en sus ocultas y nunca declaradas necesidades paternales y profesionales), puesto que la muñeca, en definitiva, puede desmembrarse sin contemplaciones para efectuar una mejor limpieza y hasta remozar o cambiar los miembros dañados<sup>27</sup>. Además, la delicadeza del cuidador-maniquí raya en lo concienzudo, casi en lo obsesivo. Melger (2000:108) las prefiere limpísimas como base del cuidado que se merecen (lo que nos recuerda el virtuosismo anticarcoma), y su labor se asemeja a la de la cuidadora institucional que trata de la higiene de los niños:

<sup>27</sup> Las muñecas sin ciertos miembros, o con los mismos dañados, son inquietantes para sus perfeccionistas cuidadoras. Especialmente la ausencia de los ojos, que las hace «espantosas» (Bristol, 2000:167).

A algunos coleccionistas<sup>28</sup> les gusta que las muñecas tengan un aspecto descuidado, pero yo prefiero verlas impecables y las limpio minuciosamente. Para las cabezas de porcelana uso algodón empapado en agua templada con jabón. Los ojos de cristal suelen ensuciarse en los bordes y para esto uso bastoncillos de algodón. Si el pelo está pegajoso al tacto, separo los cabellos con los dedos para que cuelguen con más soltura; si se cepilla o se peina es posible que el pelo se desprenda. Para los cuerpos es mejor usar un paño seco... La ropa se lava a mano con jabón para prendas delicadas, se aclara con agua tibia y se seca después con una toalla. Las telas delicadas, como la seda antigua o los encajes, conviene secarlas en superficies planas. El algodón (y) el lino... pueden tenderse, pero no debe usarse nunca la secadora. Planche la ropa con una plancha fría, y si lo desea, almidone ligeramente las prendas para que resistan mejor la suciedad... (Melger, 2000:108; cfr. Bristol, 2000:164 ss.).

Que el tratamiento de las muñecas recuerda al cuidado infantil<sup>29</sup> no sólo es manifiesto aquí, sabiendo que la miniaturización de la muñequería imita las prendas y los cuerpos de la vida ordinaria adulta, que necesitan este mismo esmero, lo que, por lo demás, en seguida nos hace pensar en el juego de imitación de las niñas con respecto al cuidado de sus bebés-muñecos, o en la manipulación que los niños hacen de sus muñecos, quizá conforme a un juego más bélico o de roles profesionales<sup>30</sup>.

Con estas consideraciones, podemos pasar a dilucidar las características atribuidas a nuestros personajes, forzando la palanca de ficción de nuestra realidad construida. Descoyuntándola, la haremos así evidente, haciendo visible lo que se oculta: que se trata de una realidad ficticia, un juego social de perversas consecuencias y, por tanto, necesitado de muda.

<sup>28</sup> La manía coleccionista de los educadores-mañiquíes es manifiesta: coleccionan niños-caso (patológicos), no sólo en sus comentarios intra-institucionales, familiares y vecinales (se comentan los casos como modo de desahogo se dice, violando el secreto de la confidencialidad), sino en el secreto institucional del archivo y el armario. Los trataremos, pues, como «colecciónistas de muñecas rotas».

<sup>29</sup> El lector avisado habrá notado ya cómo todas estas autoras son mujeres que parecen complacerse en reproducir una y otra vez el mundo femenino miniaturizado.

<sup>30</sup> Recuérdese que mantenemos analíticamente el esquema tradicional de rol por género (femenino, masculino), cosificado, conservado, detenido el tiempo, miniaturizada la vida cotidiana en la casa de muñecas como institución. Sobre todo en lo que se refiere a la moralidad sexual femenina, más preocupante (ironizamos conforme a las tribulaciones institucionales, por supuesto). «Aunque hay bastantes niños que juegan con [muñecas] -se lee en la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana* de 1930- principalmente se destinan a las niñas, predominando también la forma femenina en las muñecas, si bien últimamente en la fabricación de muñecos de paño se advierte determinada tendencia a construir soldados, polizontes y otros muñecos». Luego añade que el juego masculino con muñecos obedece más bien a que al niño se le socializa así, como a la niña mediante las muñecas, que no siempre despiertan su instinto maternal, por cierto, al no verlas a éstas como criaturas, sino como lo que son: muñecas. Respecto al juego de hombres adultos con muñecas, no tenemos más que recordar cómo fue calificado el ayudante del vendedor de muñecas en el relato de Garmendia «La tienda de muñecos» (1927:15): «no atiple la voz ni manosees los muñecos», le recomendó el vendedor en su lecho de muerte.

#### *IV. Del porqué la Biblioteca infantil es una biblioteca diminuta.*

Fue en algún lugar donde el coleóptero, perteneciese al género Hilotrupes o Anobium u otro... se introdujo en... cualquier... parte de la silla, desde la cual viajó después, royendo, comiendo y evacuando, abriendo galerías a lo largo de las venas más suaves, hasta el lugar ideal de fractura, cuántos años después, no se sabe, habiendo sido sin embargo discreto, considerada la brevedad de la vida de los coleópteros, pues muchas habrán sido las generaciones que se alimentaron de esta caoba hasta el glorioso día, noble pueblo, nación valiente... He aquí el Anobium... vengador..., con su cara de coleóptero a la vez carcomida por el viento de lejos y por los grandes soles que... sabemos asolan las galerías abiertas en la pata de la silla que acaba ahora mismo de partirse, gracias a lo cual dicha silla empieza por tercera vez a caerse...

«La tienda de muñecos» del venezolano Julio Garmendia (1927) incluye, además del relato que da título a la colección de cuentos, «El librero». En él, un librero explica a un cliente la necesidad de cuidar misericordiosamente a los personajes de los libros, encerrados en tantas galerías descuidadas. De las innumerables «existencias desoladas» que pueblan los libros, el lector, máxime el librero, han de hacerse «responsables» (p. 46). El librero se presenta no tanto como coleccionista de personajes o bibliómano, sino como filántropo que acoge, en la medida de sus posibilidades, a tantas existencias desdichadas (pp. 46-47). Y frente a la verdadera menesterosidad de las personas carnales en el mundo, al librero le preocupan y desvelan estos personajes ficticios: «Esos personajillos que tan penosamente cruzan la trama de las obras, los largos párrafos, los interminables capítulos, los espeluznantes monólogos... Y para quienes especialmente parecen estar hechas las páginas de horror, las escenas de angustia, las situaciones terribles, los malos desenlaces...». A partir de estas consideraciones humanas, el librero propondrá una «Obra de Rescate y Salvamento de toda esa infancia desamparada y perturbada que corre por entre las líneas de los cuentecillos, historietas y novelines» (p. 47), de la misma manera que una «Casa de Maternidad para el uso de las Solteras abandonadas en avanzado estado de embarazo» (p. 47), una «Cooperativa para suministrar a las Víctimas del Hambre en la literatura en

general, una sana y abundante alimentación a precios reducidos...» (p. 48); o aun «Casas de Retiro» para ancianos (p. 48).

¿Cómo nos resulta esto tan familiar? ¿No será que la evolución de nuestros niños acogidos en la institución está impelida por estas vidas prestadas? Así nos parece, sobre todo por cuanto sus vidas son narradas (noveladas más bien, casi como muñecos) en forma de registros de observación panóptica, día a día: en esos nefastos «partes de observación diaria» o «diarios» institucionales; los «informes de caso» correspondientes; las fichas administrativas ordinarias: boletines de calificaciones escolares, informes pediátricos, psicológicos y psiquiátricos, etc. Y todo esto resguardado de su mirada “*inocente*”<sup>31</sup>. En el secreto: en el armario cerrado bajo cancela. Y cómo a estos personajillos les es dada la alimentación, la residencia, en esa Obra de Rescate y Salvamento de la infancia desamparada. Pero Garmendia se equivoca, porque los anaqueles donde están esos libros constituyen la institución misma. El librero es responsable no obstante, pero su responsabilidad surge de la culpa<sup>32</sup>, de ahí la caridad que Garmendia presta al librero, de ahí que éste no duerma por las noches de tanta preocupación (p. 47). Pero tendrá razón en una cosa, en que hacer notar que los educadores como maniquíes, como lectores o propietarios de esos libros donde habitan sus personajes (*muñecos-niños*)<sup>33</sup>, entrelazan la novela de estos, con un carácter netamente ficticio, lo que les confiere la posibilidad exigida de su responsabilidad:

No hay palabras con que alabar suficientemente la defensa de los desheredados... o la represión de los abusos que sobreabundan [en los relatos]... Hay [en esas páginas]... un sinnúmero de seres indefensos e infelices, que son empujados, casi a diario, a los peores abismos del crimen, del vicio o del delito. ¿Y

<sup>31</sup> Por supuesto, estamos muy lejos de considerar a estos y a todos los niños como «*inocentes*»; a la misma distancia, exactamente, que de considerarlos hipercinéticos, neuro- o psicóticos, desadaptados sociales, aprendices de criminales, perturbados, oligofrénicos, difíciles o golfos, gitanos o inmigrantes, etc. Estimamos que tanto estas etiquetas de clasificación sociosanitaria, como la «infancia» misma son elaboraciones sociotécnicas o expertas de indudable rendimiento sociopolítico (y, por cierto, con mercado de consumo especializado, tanto en un ámbito como en otro). Pero entendemos asimismo que las sociedades se dotan con conceptos y normas jurídicas, por un lado, y con recursos que permiten lograr objetivos sociopolíticos defendibles legítimamente, por otro: esto permite considerar la crítica como hacemos aquí en un plano práctico y de largo alcance, en pos de una justicia además, social (Martínez Magdalena, 2003b).

<sup>32</sup> La culpa en la caridad cristiana tiene unas connotaciones muy definidas dentro del ordenamiento conceptual teológico.

<sup>33</sup> Melger (2000:111) habla de «hospitales de muñecas» para referirse a los restauradores, lo que se parece en algo a las instituciones para el tratamiento caritativo de los personajes de ficción propuesto por Garmendia.

cuántos de entre ellos no son llevados, paso a paso –o línea a línea-, hacia alguna de aquellas tremendas situaciones –angostos desfiladeros del destino-, cuyo único escape no puede ser sino el suicidio? A todos estos, el propio autor que los ha creado los va llevando, poco a poco, hoja tras hoja, y los precipita, de repente, en los conflictos insolubles que él mismo ha tenido buen cuidado de venirles preparando, desde episodios precedentes<sup>34</sup>, con refinada maña y disimulo. Otros –otros muchos-, son lanzados al fondo del presidio –¡por causas a menudo no muy bien esclarecidas y estudiadas, señor!-; y allí languidecen y sufren largos años, en espera de una justicia y una rectificación que apenas si alguna vez viene a brillar tímidamente en las últimas líneas del último capítulo... (Garmendia, 1927:48).

¿Cuánta luz nos proporciona esta reflexión literaria en nuestro caso?<sup>35</sup> Hemos mencionado que la institución posee un lenguaje normativo tácito, no escrito. Nuestras vías exploratorias son sensibles a esta escritura, que comprobamos físicamente en el desplazamiento de sentido que consignamos: concretamente, la presencia de la Biblioteca en cada hogar institucional y sus anaqueles cargados de libros. La simbología de una Biblioteca<sup>36</sup> permite entender que lo normativo (como recurso de socialización común y lugar donde, por tanto, la estructura social se hace visible) está presente *por escrito* como modelo de lectura. Como mostramos en la Bibliografía (véanse apartados 1 y 2 de la misma), esta Biblioteca (por cierto, excelentemente nutrida en varios hogares; más desasistida en otros) albergaba libros de dos tipos: unos dirigidos al personal institucional (educadores), sobre temas como la personalidad del niño, psicología evolutiva, sexualidad, etc., con fuerte

<sup>34</sup> El «currículo delictivo o desadaptativo».

<sup>35</sup> El conflicto insoluble a que hemos arrojado a nuestros niños-personajes: recordaremos aquí la angustia (manifestada mediante «síndromes psiquiátricos» y «desadaptación institucional, social y escolar») de la mayoría de nuestros menores, que permanecen en el centro de acogida durante una infinidad de años (de los 3 a los 18 ó los 19), como tantos otros niños institucionalizados, con la promesa de que el ingreso sería momentáneo y que volverían a su casa en cuanto el problema familiar se solucionase, no solucionándose jamás (ni, por supuesto, cuando alcanzan los 18 años y vuelve a casa). A menudo es entonces, al regresar, cuando quizás comprendan que ellos no eran «culpables», que su mala conducta en la institución no retrasaba el regreso.

<sup>36</sup> La Biblioteca, por supuesto, es una institución (*dentro de otra* en nuestro contexto) por sí sola (Burke, 2002). Nosotros pudimos comprobar cómo en relación con el robo, la «Oficina municipal de objetos perdidos» constituye del mismo modo una institución (en tanto permite devolver los objetos perdidos o, en la jerga del hurto, *encontrados*; tal y como eran calificados los hurtos o robos por ciertos menores con habilidad suficiente para convertir un hurto o incluso un robo (hurto con violencia) en un encontrarse/tropezarse con un objeto *sin dueño* (en realidad con dueño desplazado por la habilidad, la intimidación o la violencia); siguiendo esta lógica, nosotros intentamos que estos menores *devolviesen* los objetos así *encontrados* en la Oficina municipal, entidad que la sociedad normativizada dispone para estos menesteres: con lo que dicha Oficina aparecía como una institución normativa; nuestro fracaso, evidentemente, fue manifiesto) (Martínez Magdalena, 2002 a).

presencia de libros de moralidad cristiana, por cierto; otros, por fin, encaminados al fomento de la lectura de los niños y adolescentes, algunos prescritos por otra institución anexa: la escuela y el currículo escolar<sup>37</sup>. Pues bien, la lectura efectiva es algo que pudimos comprobar en dos extremos, tanto en niños como en educadores: éstos últimos se fían más de los cursos de formación y alguna que otra consulta a los libros y, por supuesto, de su socialización de origen (familiar y religiosa como patrones educativos de la infancia) y profesional bajo criterios disciplinarios: pedagógicos, psicológicos, sociales, etc.; los niños, por lo general, bastante tenían con las tareas escolares y raramente consultaban libros, con excepción hecha, muy notable, de unos poquísimos casos (el que llamaremos Monio). Sin embargo, los almanaques, los libros, la Biblioteca, está presente de manera omnívora, como un gran mueble, pesado, consistente, cargado de estructura aparentemente invisible<sup>38</sup>. Su presencia es inquietante, más si cabe porque su contenido, su conocimiento, es prácticamente inaccesible (inasimilable o intransferible): no sabemos así qué grado de comprensión, interpretación o asunción de estas obras hacían los niños. Es muy destacable que entre los libros dirigidos a los niños y adolescentes encontramos nada menos que 1984 de George Orwell, con su potencia explicativa de lo que es una institución panóptica. Respecto a la configuración de la infancia, destacaban, entre otros, *Alfanhui* de Sánchez Ferlosio, y *Demián*, de H. Hesse<sup>39</sup>. No nos es posible dar referencias cruzadas aquí. Pero sí vamos a indicar dos cuestiones: primera, el modelo moral infantil, que se demuestra incluso fotográficamente en la obra (dirigida al público infantojuvenil, aunque con un tono sorprendentemente adulto) de G. Oheim (1968) *Tu vida social. Enciclopedia de la cortesía moderna*, y que cuenta con el *ABC del Buen tono*, donde entre otras cosas se enseña el buen comportarse a la mesa, signos de respeto y cortesía, modales, etc., lo que choca de pleno con la socialización de origen (rural y marginal) de nuestros niños-muñecos<sup>40</sup>;

<sup>37</sup> Por si fuera poco, esta literatura posee una categoría genérica (un mercado editorial) que permite considerarla asimismo como institución (o instituida): «Literatura (género) infantojuvenil».

<sup>38</sup> Fuera de la Biblioteca, precisamente por su carácter omnívoro, es difícil encontrar estructura normativa escrita, textual. Aparte de los partes internos, etc. (de consumo exclusivo por los educadores y equipos técnicos y directivos; en documentación que afecta a los padres de los menores), en relación con los menores no pudimos encontrar mucho, salvo calificaciones escolares. Con un carácter social recordamos el cartel del patio interior del bloque de pisos que decía algo así como «Se prohíbe jugar al balón».

<sup>39</sup> Véase la nota 43 para comprobar la importancia de estos títulos.

<sup>40</sup> Lamentablemente no podemos detenernos más en esta obra y otras similares, que merecerían un estudio concienzudo. Digamos que, en nuestra experiencia, las implantación de las normas de comensalía eran ocasión frecuente para los conflictos: no sólo por la cortesía, la higiene, etc.; sino

y segunda, que ya adelantamos, la constitución del «caso» como objeto ficcional. Detengámonos en esto.

La designación del caso es siempre negativa, atribuyendo al menor *carenza de...* (afecto, protección, habilidades sociales, autocontrol, respeto por el prójimo, civismo, hábitos higiénicos y alimentarios) y *exceso de...* (agresividad, impulsividad, independencia, rebeldía) (Foucault, 2001:272), lo que puede explicarse, comúnmente, como «deprivación sociocultural». Por lo demás, no podemos reparar en otra crítica si no nos obligamos a descender a la deconstrucción del entramado conceptual e ideológico de su designación como «caso», que hacemos nuestro a propósito, y su definición, que entendemos como *ensayo de definición*, en la relación entre persona, conducta y la confrontación normativa en una socialización paralela (familia-institución de acogida y escuela) que no deja de exigir definiciones e interpretaciones con diferente intención y autoridad desde la perspectiva y participación de observadores autorizados: psicólogos, pedagogos, trabajadores sociales, educadores. De este modo, el *caso* no va a ser otra cosa que «el relato de una experiencia singular, escrita por [agentes autorizados]... para dar testimonio de su encuentro con un [menor protegido en nuestro caso]... y apoyar una innovación teórica... [U]n caso es siempre un escrito que apunta a ser leído y discutido. Un escrito que, en virtud de su modo narrativo, pone en escena una situación clínica [o de otra índole] que ilustra una elaboración teórica» (Nasio, 2001:15-16). Su carácter figurativo, su condición de portador de la teoría, la narratividad biográfica como recurso cognoscitivo en la definición de la persona, la necesaria participación de un

---

también por la variación de la dieta o el menú. Recordamos anécdotas como cuando un niño gitano recién ingresado trajo a sus primos y amigos para enseñarles, maravillado, el lavavajillas que teníamos en el hogar; u otras muchas sobre la dieta que se explican más por la socialización de origen de los menores (en muchos casos rurales; en otros marginales). No estamos de acuerdo en que haya que insistir absolutamente en estas implantaciones (por ejemplo en la dieta), cuando hemos observado que la variación de la dieta en estas instituciones es más que dudosa en muchos casos (hasta al menos no regularse en planes dietéticos y con servicios de *catering* o cocineras), o cómo la cuestión cultural (dietas musulmanas, tradiciones culinarias gitanas o inmigrantes) brilla por su ausencia. Tenemos dudas razonables, en general (esto es sólo un ejemplo), de que al querer implantar conductas supuestamente normativizadas no estemos, en verdad, combatiendo unas conductas «otras» (de origen, que declaramos indeseables) con otras «nuestras» pretendidamente más corteses o adaptativas. La clandestinidad, de todos modos, es inevitable si no se contemplan negociaciones y aprendizajes mutuos, con pedagogías más flexibles y lúcidas. Debemos tener muy presente que al forzar estas implantaciones estamos atacando la socialización de origen (paterna, materna) de unos menores que se *resisten*, claro está, legítimamente. El educador proporciona el garbanzo al niño con una facilidad (gratuidad estatal o privada paternalistas) que no conoció nunca en las fatigas de sus padres; pero éstos, de cualquier manera que los tratasen, siempre se mostrarán muy dignos a los ojos de estos niños. Algo debemos conservar.

autor (jamás exento de responsabilidad, arte y parte), y su posición de poder (White, 2002: cap. 9) otorgan al caso un estatuto discursivo claro:

Tal reconstrucción sólo puede ser una ficción, puesto que el analista recuerda el encuentro con el analizado<sup>41</sup> a través del filtro de su vivencia como terapeuta [añadamos nosotros: en su condición de rol], lo reajusta de acuerdo con la teoría que quiere validar y... lo redacta siguiendo las [conveniencias retóricas del discurso científico]. El analista participa de la experiencia misma con su deseo, luego la recupera de su recuerdo, la piensa mediante su teoría y la escribe en el lenguaje común. Bien se ve hasta qué punto todos esos planos sucesivos deforman el hecho real que termina por transformarse en otro... Partiendo de lo real creamos la ficción y, con la ficción, recreamos lo real (Nasio, 2001:24)<sup>42</sup>

Aunque no sean casos ficticios en su origen, la acción institucional dispone de una corte de educadores, equipos técnicos de observación, intervención y corrección (psicólogos, pedagogos, trabajadores sociales, pediatras para cuestiones médicas y sanitarias), y autoridades tutelares (institucionales y jurídicas) que *ensayan definiciones* y ejercen acciones consiguientes para su modelado normativo con diferentes intereses y con diversas consecuencias en torno a la persona y vida de este menor. Definiciones y acciones que no siempre se produce, por cierto, al unísono en su fundamento ideológico, lo que provoca discrepancias en la designación y administración educativa. En efecto, el menor, merced a estas

---

<sup>41</sup> Debe tenerse en cuenta que, para lo que nos ocupa, los diferentes agentes que escriben documentos acerca de nuestros niños no lo hacen directamente sobre la observación, sino sobre otros documentos. En torno al caso se van disponiendo y acumulando diversos documentos o comunicaciones orales, en una línea que va de la observación directa por convivencia (redacción de los partes diarios de vida institucional por parte de los educadores que conviven y observan al menor, donde éste siempre aparece como objeto de la observación, y rara vez el educador se incluye o autoobserva; si bien del estudio detenido de los partes se desprenden actitudes educativas y conflictos intra-institucionales), y la observación puntual de prueba (evaluaciones diagnósticas diversas; y evaluaciones escolares ordinarias), hasta los diferentes informes documentados sobre los anteriores.

<sup>42</sup> Nos parece claro que, en la elaboración de la hipótesis tentativa (muchas veces ni siquiera se formula como hipótesis ni como ensayo tentativo de interpretación y prueba) para acometer un *problema* (con el menor), las discrepancias surgidas en el seno de los equipos profesionales o educativos se pliegan a teorizaciones concretas, o, en el mejor de los casos, el consenso del equipo en la definición de la persona (en casos puntuales al problema) y la interpretación e intervención consecuente al mismo, no puede ser otra cosa que ficticio, puesto que se constituye fragmentariamente desde las diferentes perspectivas, opiniones, fuentes de información, etc.; con lagunas de información a causa de la escasa información de campo o directa, por la que las lagunas son llenadas con conclusiones imaginadas, comparadas o derivadas; donde la anécdota o el suceso llamativo se eleva a representación o norma habitual; y con definiciones de diferente ponderación. En muchas ocasiones, como nos consta, el problema del menor se convierte, automáticamente, en el problema de los educadores o el equipo, intentando desplazarlo de la esfera laboral de unos y otros.

disquisiciones institucionales en torno a su ser y conducta, se convierte en un «estudio de caso» (cfr. Urra Portillo, 1993). Esta transmutación es, primeramente, discursiva, narrativa, y las definiciones del menor se demuestran mediante documentos de diagnóstico, intervención, seguimiento, etc.; a la par, se establece en ellos una guía de acción correctiva, reeducativa, donde el menor comprueba *de facto* (físicamente, queremos decir) la vigilancia de sus evoluciones y la exhortación (también discursiva, oral, de palabra; tácita como norma de conducta y límite de contención; física mediante privación y castigo), etc., por parte de los que le rodean (educadores, familiares, profesores) para que contenga su conducta y se ajuste a la norma, sempiternamente *recordada* al menor. Ahora bien, la evaluación de todo tipo, mediante observación, exámenes, test, etc., que no es imparcial, sino interesada por su narratividad (Marks, 1996), no permite establecer sin crítica la relación entre el comportamiento y sus supuestos determinantes (White, 2002:cap. 9). Además, no sólo el individuo puede tratarse como caso en tanto persona conflictiva, ni su familia, sino también algunas de sus condiciones (su etnicidad)<sup>43</sup> o las mismas instituciones normativas. A la posibilidad de ser las instituciones objeto de análisis y deconstrucción -sometiéndose a las críticas pertinentes (Martínez Magdalena, 1999)-, añadamos la difícil complejidad de las definiciones segmentadas de la persona y su conducta conforme a normas sociales y jurídicas, los problemas ideológicos de la evaluación que ya citamos y su discursividad (Marks, 1996), así como la duda sociopolítica, ética y epistemológica de las intervenciones sociales, pedagógicas y psicológicas (Burman, 1998; García-Borés Espí, 1996; Gore, 1996; Healy, 2001; Chambon *et alii*, 2001). Evidentemente, la definición personal o de otra persona ya previamente clasificada por su propia condición, no puede consistir acríticamente en una mera «recopilación de acontecimientos del pasado susceptibles de ser reconstruidos de una manera totalmente fidedigna» (Serrano Blasco, 1995:207). La deconstrucción del entramado científico en nuestro caso, sobre todo en el ámbito de

<sup>43</sup> La pretensión pseudoliteraria de dar nombres novelescos a los menores presentados como casos para su salvaguardia ante la exigencia de confidencialidad, no es un juego de fútil retórica o un asunto de mero estilo literario en la redacción monográfica de los casos, sino que, a nuestro juicio, supone mucho más, alcanzando la dimensión ficticia necesaria como caso social. Así, en algunos autores que no citamos, hemos recogidos nombres novelescos que ocultan a los verdaderos, como si esto fuese inocuo: sobre todo porque esos nombres novelescos pertenecen a la literatura infantil de héroes marginados o antihéroes: así se ven casos como Shanti y Andía en recuerdo de las obras de P. Baroja *Las inquietudes de Shanti Andía y Zalacaín el aventurero*, o sabemos de personajes reales pero filmografiados como *el Vaquilla*. Nosotros utilizaremos esto a conciencia con un sentido hipercrítico.

la psicología evolutiva y patológica, nos permite continuar esta línea de indagación (Burman, 1998; García-Borés Espí, 1996). Las tradiciones documentales, p. ej., en los expedientes clínicos de carácter médico -lo que es relevante para nuestro caso por motivos psiquiátricos, psicológicos y pediátricos-, no son teóricamente inocuas, y constituyen la razón (la autoridad) social para sancionar el estatuto de persona, según edad (la minoridad), posibilidad de gobernarse con bien en la vida (la cuestión del control de los impulsos; o de la moralidad del infractor), la continuidad de conciencia, etc. Por lo tanto, el caso, poseyendo funciones didácticas, metafóricas y heurísticas (Nasio, 2001:16-23), resulta ser una *reconstitución ficticia* (Nasio, 2001:23). Puesto que el estudio de casos traspasa la mera individualidad estudiada hasta constituirla en «conquista creativa..., discursivamente estructurada, históricamente contextualizada y socialmente producida, reproducida y transmitida» (Serrano Blasco, 1995:203), y toda vez que en su definición intervienen, como decimos, diferentes agentes narrativos, que participan emotivamente y en cuanto autores de los documentos pertinentes, entendemos la necesidad de utilizar nuevos recursos exigidos, cuanto menos heurísticamente, por la crítica vigente a la concepción científica tradicional.

## V. *La maniobra del Anobium*

Meditemos un poco en esta obra pacientísima, esta nueva pirámide de Queops... que los coleópteros edificaron sin que de ella se pudiera ver nada desde fuera, pero abriendo túneles que de cualquier manera irían a parar a una cámara mortuoria. [...] Cayendo así la silla, sin duda cae, pero el tiempo de caer es todo el que queramos y, mientras miramos este inclinarse que nada detendrá y que ninguno de nosotros irá a detener, ahora ya sabido irremediablemente, podemos volverlo atrás... por gozoso...

El nacimiento del Anobio, el educador crítico que hace su labor desde dentro de la institución, tuvo lugar a propósito de descubrir que no sólo eran los niños los institucionalizados (convirtiéndose en muñecos), ni de la existencia estructural de la institución excluyente (Casa de Muñecas o muñequería) y normativa (Biblioteca), sino que, entre todo esto, el propio trabajador hacía parte y estaba institucionalizado tornándose en maniquí virtuoso como perito profesional. Esta conciencia, tomada en

la distancia y el extrañamiento etnográficos sobre uno mismo (autocrítica deslindada o emancipada de la mera práctica profesional), a la par que ejercitando el auxilio literario y artístico, es lo que dio lugar al nacimiento del Anobio<sup>44</sup>. Específicamente en cuando ese “estar quemado” llevaba a cultivar, sin abandonar, el “desquiciamiento”<sup>45</sup>. La libertad del Anobio, por tanto, consiste en un cálculo estratégico: no tanto en “aplicar” el método ordinario (el que dispone para él la autoridad disciplinaria del trabajo social y la institución; donde sólo se le permite ejercer el virtuosismo profesional) cuanto en “des-aplicarlo”: dejar de aplicarlo, por un lado; combatirlo, por otro; promoviendo la maniobra sociopolítica, finalmente;

<sup>44</sup> Evidentemente, todo esto, a la par que el estar quemado, permitió acceder al extrañamiento laboral. Lo primero puso método o cálculo a lo segundo en el proceso emancipador. Nótese por tanto que también el Anobio es disciplinario y ha sido socializado. Para el concepto de extrañamiento/alienación en Marx, Arteta (1993:217)

<sup>45</sup> Una de las cosas que lleva a esta toma de conciencia es el sorprenderse (a sí mismo) como boca y lengua de «la voz ocupada» de los menores; como estómago parlante de los muñecos puesto en acción por un cordaje. Es decir, el que lo único que se le permite al virtuoso decir (llega un momento que es lo único que sabe decir) acerca de los menores es lo que se espera de un educador virtuoso (institucionalizado en la disciplina y los mecanismos íntimos de la institución: por tanto, institucionalizado, aunque en el reverso de los resortes). Esto que sabe decir no es otra cosa que el diagnóstico, la descripción de la conducta, el correctivo, el «caso». Será precisamente el brillo del virtuosismo reconocido el que hace chirriar a la autocomplacencia del virtuoso. Éste, irremediablemente, se convierte en maniquí (por tener doble manivela) ventrílocuo, lo que, al amparo de nuestro método, permite decir: el educador-maniquí es un engastrimita. No carece de facultad ventrílocua. Habla por otros, por sus niños-muñecos. Y se comunica e intercomunica con otros seres de más alto rango, a menudo y siempre invisibles, por distintos conductos del sonido: el teléfono de oficinas, el correo electrónico últimamente, las fichas, los partes diarios, las visitas, las «reuniones de los jueves» o «reuniones y coordinación del equipo educativo», las delaciones internas, los rumores, el puntual informe de los espías de la conducta recta. Conductos que no se sabe dónde comienzan, por dónde van (o qué recorrido hacen sus cañerías subterráneamente obscuras) o a dónde vierten la voz atiplada de los educadores-maniquis. El panóptico, la oreja de Dionisio mejor (un ojo disimulador en forma de oreja), se entera de todo: la dirección tiene su red de informadores, y lo sabe o adivina todo. Incluso, o sobre todas las cosas, descubre a la carcoma, por su ruidito masticatorio, más que por la inspección de los cuartos oscuros de la institución, labor que delega porque la aborrece. El educador-maniquí es un ventrílocuo porque habla por los otros, por sus niños-muñeco. Los tiene por seres preverbales –muñecos- que manipular: lavar, vestir y desvestir, castigar. Y una de las labores principales es la hermenéutica: el maniquí debe interpretar, mediante tablas del dolor (entrevistas y careos bajo la lámpara acusatoria auscultación de la emoción ajena), pero en verdad, mucho más a menudo, por medio de su infalible y persecutoria intuición: ese test metapsíquico en última instancia, como corresponde a su condición de maniquí engastrílocuo. ¡Qué a menudo hemos sido testigos de esta práctica nefasta: entrevistar, interrogar más bien, individualmenete o mediante careos a niños institucionalizados, acorralados en una esquina de la «habitación del educador», llorosos y aún de espaldas; ese niño culpable de antemano (acusado en falso, más de una vez, incluso por el vecindario) al se le inquierte con un “...y mírame a la cara cuando te hablo!” ¿Y qué dice de su niño-muñeco, si es que algo más que las conclusiones (¡delincuente, delincuente; trastornado, trastornado!), siempre sabidas de antemano, dice? No lo sabemos bien. “Un ventrílocuo puede figurar la conversación de varias personas, y aun imitar fielmente el timbre de la voz de algunas [personas] determinadas con sólo haberlas oído una vez”. Es más: “Es posible modular la voz de forma que parece salir de sitios insolitos: de debajo de un mueble, de detrás de una puerta, de la otra parte de una ventana cerrada, filtrarse a través de los tabiques, etc.» (*Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Espasa-Calpe, Madrid-Barcelona, 1930). A esta definición, sin haberla consultado antes,

procurándose el fracaso como sistema. La libertad del Anobio va a residir, por último, en ver, conceder(se) y delatar(se), denunciándose a sí mismo al sorprenderse cautivo de las directrices que la institución y la disciplina le han “incorporado” –a su estatuto profesional- programáticamente; y también con el fin de desembarazarse en lo posible de su propia socialización alternativa. Ya mencionamos que el Anobio no nace ex nihilo, sino de una socialización en pugna, en la representación metonímico-metafórica que ensayamos en este cuadro analítico. De esta manera es que podemos decir: y así fue que consideramos cómo el maderamen del moblaje es atacado por distintos agentes que lo deterioran considerablemente, deformándolo, agujereándolo, quebrándolo, desvirtuándolo en fin. Y que su única y posible defensa pasa por la acción depuradora de las personas que lo usan o habitan. Aparte de la humedad, la luz, distintos contaminantes y deterioros por el uso<sup>46</sup>, nos interesamos por la biodegradación efectuada, fundamentalmente, por xilófagos (también por hongos). De entre estos, los coleópteros (*Anobium*, *Lictus*, *Hilótrupes*), gusanos que, en su fase larvaria excavan galerías en el interior de la madera, ahuecándola y rompiendo su estructura, dejando como testimonio un tenue rastro en forma de polvillo (aserrín y excrementos)<sup>47</sup>.

Es ahora cuando debemos regresar a la función del Anobio o, mejor aún, a uno de sus objetivos fundamentales después de la habitación (la cama) y la cocina (el pan seco, o la carne): concretamente, el acoso a la Biblioteca. Los coleópteros atacan, por lo demás, al papel (también lo hacen los isópteros). Por su celulosa. Pero no sólo, puesto que son capaces de asaltar, por supuesto, al cuero, las colas, y hasta a otros textiles. Los sabios *Anobium costaneum* y *paniceum* agredean, sobre todo, a los materiales de archivo. Del anaquel al libro y viceversa, si se tercia. Y se tercia<sup>48</sup>. Alimentándose de celulosa en el interior, y no dejando de trazar y excavar sus galerías de mina, salen a la superficie ya versados<sup>49</sup>. Trabajo de zapa entre

---

habíamos llegado nosotros en un relato anterior: Véase en la bibliografía el relato “El difícil arte de la definición personal” (Martínez Magdalena, 2001).

<sup>46</sup> Para el caso de las Bibliotecas, Kraemer Koeller (1960) cita también el fuego. De entre todos los agentes destructores, frente a los pertinaces insectos, estima que la principal plaga es la acción del hombre (Kraemer Koeller, 1960:15).

<sup>47</sup> Los Isópteros nos interesan menos (Ordóñez, Ordóñez y Rotaeché, 1997:77-78).

<sup>48</sup> Por supuesto, los hongos, más amorfos, arremeten inmisericordes contra el maderamen, lienzos y papel. Véase la lámina III, nº. 12, de Kraemer Koeller (1960), donde un hongo *Lenzites* pasa de la madera del anaquel al libro.

<sup>49</sup> Kraemer Koeller (1960:30) cita cómo algunas especies dejan de comer partes donde la tinta les resulta tóxica o la línea desagradable. Evidentemente, seleccionan sus lecturas y, por aburrimiento o censura, saltan párrafos y capítulos.

hojas, interfoliados, claro está, por lo que aún podríamos citarlos como sabios de método comparativo y referencias cruzadas; y, por lo demás, eruditos, puesto que consultan –como es un hecho- la bibliografía.

Y así, el educador crítico pelea con sus iguales y su equipo directivo, liberando a sus niños de la minoridad prestada, de las pretensiones de aquellos, pero también y sobre todo de las de uno mismo. El niño, desmuñequizado<sup>50</sup>, aparece así como foro o hueco (ausente en esta esfera) de pelea educativa (política) de los conflictos normativos, rompiendo el caso en cuanto se le conceda voz y parte, seguidamente, en las decisiones que le conciernan. Esta fue, en fin, la maniobra del Anobio, lo que éste puede hacer dentro de la institución: el escaso margen de maniobra política en puestos laborales de poco poder de decisión (Martínez Magdalena, 2003b).

## *VI. Tripas de maniquí*

Maravillosa música que nadie oyó durante meses y años, sin descanso, ninguna pausa, de día y de noche, a la hora espléndida y asustadora del nacer del sol y en esa otra ocasión de maravilla que es el adiós luz, hasta mañana, este roer constante, continuo, como un infinito organillo de una sola nota, moliendo, triturando fibra a fibra, y todo el mundo distraído entrando y saliendo, ocupado en sus cosas, sin saber que de ahí saldrá, repetimos, en una hora señalada, con las pistolas en ristre, el Anobium...

La labor del maniquí transmutado en carcoma consciente (éste es, no otro, el atributo y condición del Anobio) no puede quedar en otro órgano que en su mirada atónita. En alto (en lo alto) debe mantener sus ojos. Para esto basta un palo. Sus ojos han de ser estructuralmente políticos porque su mirada lo es, política. El maniquí transmudado ha de sorprenderse desde lo alto (de su mirada) desarmado, desmembrado, destripado. Así mismo antes que a los muñecos y la muñequería. Que baste un palo para sostener arriba sus ojos de cristal plastificado significa, secundariamente, que ha de prescindir de su cuerpo (que es la suma coordinada por otros –disciplina académica, institución-, no por él, he ahí la sinrazón), que ha de verlo (sorprenderse) como un armazón de cuerdas y cables tensadas por un

arquitecto ajeno (enajenación), y tomarlas él decididamente en la tensión (combativa) con este arquitecto institucional-disciplinario que lo ha socializado así. Paradójicamente, el maniquí transformado (llámémosle ya Anobio con propiedad) da un mal paso, está descoyuntado, flaquea. Está mal construido: mejor, esta dislocado, llevado al límite, descoordinado, con rasgaduras, golpes y cortes. Cojea. Le cuelga un brazo, que gira a la izquierda cuando el otro amenaza. Se frota los ojos incrédulo, balbucea, no sabe qué decir que no le sea soplado al oído. No tiene boca ni lengua propias, sino una ranura ínfima, bien cosida.

Primeramente, que baste un palo para sostener arriba sus ojos de cristal plastificado significa, además, que sí, que ha de hacer el esfuerzo, ser palo para sostener su mirada, que ha de “quedarse”. Quedarse significa quedarse. Es todo. Quedarse significa no huir, permanecer<sup>51</sup>.

Pero el que se queda es un gusano que roe desde dentro y de los “adentros” se alimenta. Es el gusano visceral: el Anobium, que come de las tripas internas del maniquí acabado. Porque, no lo olvidemos, el maniquí es *institución*. No “trabaja” para ella. Lo es, simplemente la conforma.

Bien. Además de este despojo nuestro, por el contrario del expolio y revestimiento -en realidad un travestismo institucional, instituido; recuérdese que el maniquí se inventó para mostrar vestidos prestados-, queda pendiente tratar, siquiera brevemente, una cuestión espinosa. El Anobio no es ingenuo. En el último epígrafe se devora a sí mismo, como va ya advirtiéndose en la autodenuncia personal: se trata de Anobio que, toda vez que agotó la carne del maderamen y la Biblioteca, se ha de nutrir en los suyos, de sí mismo hasta el nihilismo profesional: en Anobio carcoma (de madera, cuero y papel) se transmuta definitivamente en un

---

<sup>50</sup> No roto o desmembrado para volverlo a armar (ver epígrafe siguiente).

<sup>51</sup> Recordemos que los educadores, por lo común, expresan su crítica, aparte de en conflictos laborales (que como dijimos, aún legítimos, abandonan en mucho a los menores), en sus comentarios entre ellos: en cenas, entre las parejas educativas, etc.. Es decir, clandestinamente, apenas sin orquestar contra-acciones coherentes con sus críticas. Pues bien, cuando un educador o educadora “no puede más”, *abandona* (se despide, o coge la baja). Todavía tenemos en la retina aquél compañero nuestro que, “aguantando” unas pocas semanas, en una reunión del equipo técnico con los educadores, estalló diciendo algo así como: *¡Esta institución es una mierda burguesa. Me marcho!* Nosotros aseveramos lo primero. Pero no consentimos en lo segundo si es verdad (¿lo es?) que declaramos nuestro compromiso por los menores o el trabajo social que asuma decididamente la justicia social: no por otra cosa que porque admitimos la tristísima situación de subordinación de un sector poblacional, etario en nuestro caso en posición desfavorecida -hasta aquí seguimos-, y por que creemos en la posibilidad emancipatoria. Nos quedamos. Mal que bien. Ahora bueno, ¿cómo pelear más allá del simple ejercicio de una oposición experta que muere en el sistema mismo y mantiene la alteridad, bien que mimada? Es lo que estamos tratando de averiguar aquí. Nos quedamos.

Anobio biófago (ver epígrafe IX). Su hambre es proverbial. Su condición, una simple boca dentada.

¿Por qué decimos esto? Por esa cuestión espinosa que anunciamos. ¿Cuál es? Que el Anobio no salva a nadie. Sobre todo porque se destruye él mismo a salvo de una nueva forma de poder (cfr. Roa Bastos, 1974:*passim*). El maniquí se desploma estrepitosamente al suelo, dislocado. Pero el palo que sostiene a los ojos de cristal, también. El Anobio no salva, jamás podría, salvar a la infancia románticamente iluminada. De ser esto así, el Anobio habría tenido éxito: es decir, no habría fracasado. Un virtuoso, cuando debería serlo del hambre. Es decir, por tercer vez, su apetito es lo que lo mantiene vivo. Es la deglución y no el pago del banquete lo que motoriza al Anobio. De lo contrario, el Anobio moriría habiéndose transformado en una otra institución: por muy progresista, novedosa, dotada con las últimas metodologías y teorías salvíficas que ésta, creyésemos, fuera.

Insistimos en el combate sociopolítico entre y contra los mecanismos de poder de la institución: y podríamos pensar en un contrabalanceo (de poderes) para dejar libre en lo posible, por debajo, al niño institucionalizado y su familia, al menos en parte. Podríamos declarar que este niño y su familia deberían quedar por debajo de esta balacera. Aún así no quedarán incólumes. Podríamos pensar que aún sería mejor labor del educador (otra vez, engujando su conciencia y culpabilidad, se ha convertido en maniquí) sembrar el itinerario de aprendizajes del niño con bultos y herramientas para que se tropiece sin remedio, dejándole no obstante que sea él quién escoja los tropiezos, las ocasiones y las herramientas de solución. Sería una buena pedagogía el apoyo coyuntural.

Pero, ¿con qué soporte ideológico, metodológico y teórico? Es preciso advertir, con Menéndez (2002:369 ss.) que nuestras prácticas pueden justificar nuevas reafirmaciones de poder, no siempre alternante en la asimetría, sino del mismo poder que se repite de otra forma y se aclimata o adapta (Martínez Magdalena, 2003 b). No estamos diciendo con esto, acto seguido, que sea menester renunciar a la práctica emancipadora (ya aludimos a que contemplamos la renuncia al estatuto profesional de manera *teórica*), sino que cuestionamos, por un lado, la virtud de los marcos ideológicos de actuación (el caso de las ONG, fundaciones,

asociaciones e instituciones es palmario)<sup>52</sup>, y asumimos, por otro, la motorización y autonomía (emancipación, esta vez sí, *sin nosotros*) de nuestro objeto/sujeto de intervención. En esta cuestión, evidentemente tiene mucha mayor relevancia el entramado capitalista, con todo, que los nuevos movimientos sociales; y no están ausente, de ninguna manera, entramados, muy difusos y mezclados con el neocapitalismo (volvemos a las ONGs)<sup>53</sup>, que se dicen competidores en torno a un supuesto empoderamiento del sujeto individual, que a menudo se ve atrapado entre dos fuegos y que *resiste a los dos*, no se olvide. Lo Local (y micro), de hecho, no es una mera desideologización (frente a la globalización capitalista), sino un fuerte de las ideologías derrotadas en otros campos, por un lado, o donde ensayar nuevas derivaciones. Pensamos que quizá sea también (subrayamos *también*, no sólo) en niveles macropolíticos donde haya que combatir, como hemos dicho en la pelea entre las fuerzas (educadores con educadores, educadores con técnicos, y educadores con dirección; y aún socialmente en prensa, asociaciones, etc.). Por último, es necesario recordar que las ideologías emancipatorias (el marxismo sobre todo) que actúan a nivel local o micro, no son «locales», sino de pretensión «global» (Menéndez, 2002:85), que remiten a utopías universales (proletariado internacionalista, etc.; similar en mucho a las iglesias universales, «católicas», por cierto, muy presentes en estos lares). La emancipación sociopolítica que las corrientes marxistas o neomarxistas y afines pueden añadir acusan estas consideraciones, al mantenerse en una ortodoxia metodológica, salvo excepciones, que prima asimismo un sistema teórico centrípeto. Sus aportaciones, por tanto, las tendremos en cuenta en cuanto puedan combatir a sistemas potentes injustos con ciertas marginalidades sociopolíticas; pero en cuanto se constituya como método ortodoxo o central, dejan igualmente que desear. Menéndez (2002:347) muestra así cómo los procedimientos emancipadores filomarxistas (u otros emancipadores) acaban por volver, de otra manera, a hacer subalternos al sector social defendido. Y la práctica, evidentemente, tiene que ver con la metodología en nuestro contexto. Menéndez se refiere así a los problemas de dar voz a actores sociales subalternos, incluso dentro de recursos o sistemas como los descritos que terminan por

<sup>52</sup> Nuestra institución, por supuesto, aparece como una ONG, incluso con proyectos de atención a la infancia en el Tercer Mundo (Martínez Magdalena, 2003 b).

<sup>53</sup> Una crítica demoledora en Bretón (2001 y 2004). Y de la totalidad del sistema capitalista que parasita y traga las ONGs, en S. Zizek, «Repetir a Lenin» (<http://es.geocities.com/zizekencastellano/artRepetiraLenin.htm>).

arrinconar a sus supuestos sujetos de emancipación o, en términos metodológicos, de representación, visibilidad o voz. Sin embargo, es obvio que este trabajo no debe dejar de hacerse en un equilibrio litigante y quizá alternante. Por estas razones, va a ser imprescindible teorizar, o mejor, insertar en la teorización común socioeducativa, los condicionamientos y recursos sociopolíticos, contextuales e históricos, y sus consecuencias y conflictos dentro de la metodología del trabajo social.

Por lo tanto, volviendo a nuestro Anobio, es necesario recordar que acaba por desplomarse en este combate, junto con la pata que roe. Este será un nuevo asalto al poder, puesto que con Roa Bastos (1974) no podemos dejar de observarnos adentro del poder, como ejercitadores del mismo aun estemos y todo en una labor opositora.

## VII. Quicio y resortes

[A]hora se sentó este hombre viejo que primero salió de una sala y atravesó otra, después siguió por un corredor..., es [la] dependencia de una casa, no diremos que suya, sino apenas la casa en la que vive, o está viviendo... La silla aún no ha caído. Condenada, es como un hombre extenuado, no obstante aun acá del grado supremo de la extenuación: consigue aguantar su propio peso. Viéndola de lejos no parece que el Anobium la haya transformado... en una red laberíntica de galerías... La ve de lejos el viejo que se aproxima y cada vez más de cerca la ve, si es que la ve, que de tantos millares de veces que aquí se ha sentado no la ve ya, y ése es su error, siempre lo fue, no reparar en las sillas en las que se sienta por suponer que todas han de poder lo que sólo él puede.

Con que hemos puesto nuestro «caso» en el quicio, en situación crítica. Pero, ¿con qué resortes? Es hora de hablar del método, siquiera brevemente: Las actitudes generales del extrañamiento, lecturas antropológicas e intencionalidad etnográfica, etc., nos condujeron a diferentes ensayos de interpretación (de neto carácter socio- y antropológico) de una práctica profesional difícil (Martínez Magdalena, 1999 y 2002 a). Sin embargo, las repercusiones éticas y los compromisos políticos (Martínez Magdalena y Gómez Quintero, 2002), por un lado, y las consideraciones condicionantes del trabajo (especialmente la valoración de las circunstancias personales en el trabajo social y educativo como fuente de

investigación –Van Manen, 2003:72 ss.; así como el apercibimiento de las características internas en la sensación enajenante de la institucionalización), por otro (Martínez Magdalena, 2003b), nos han obligado a explorar, como hacemos, nuevos recursos de indagación que alcancen como objetivo la representación o figuración del sufrimiento de los menores institucionalizados (Martín Peral, 1994; Abad, 2001). Por este motivo, nos pareció necesario ampliar la concepción de extrañamiento con palancas deformativas, hipo- y superlativas, de una realidad estanca y construida que arroja réditos sociales claros para los benefactores: bajo métodos y categorías artísticas, pictóricas y literarias en esencia, que justificaran metodológicamente un recurso que creíamos, en prejuicio, poco adecuado; pero que, como hemos visto, posee un potente valor heurístico con posible aplicación humanística en asuntos sociales aplicados (Van Manen, 2003). En la bibliografía artística, especialmente literaria y de crítica literaria, y siguiendo el rastro del concepto de «extrañamiento» (que nos parecía acertado en su contención etnográfica, pero limitado conceptual y metodológicamente), topamos con algunas variantes de interés: la exploración de Garmendia y Canetti, Saramago y Roa Bastos, la animalización y caricaturización deformante del esperpento, las goyescas, la literatura de lo grotesco francesa y de escuela rusa, el formalismo de Shklovski y Bajtin, lo kafkiano, etc. (Mesa Gancedo, 2002 y La Rubia de Prado, 2002). Su potencia heurística, en fin, nos fue sugerida no sólo por su uso literario o artístico como instrumento de denuncia social y ejercicio político (p. ej., en Grosz), sino, sobre todo, porque fuimos derivando lentamente hacia este recurso en su aspecto simbólico: por un lado, nos dimos cuenta prontamente de que las relaciones intrainstitucionales (entre los trabajadores y dirección, etc.) era más simbólicas que otra cosa (lo que se manifestaba en los conflictos irresolutos), y, más que nada, entre educadores y niños y familias, donde por no mirarse a la cara y hablarse, se espiaban y lanzaban recados simbólicos (normas tácitas, contranormas clandestinas, etc.)<sup>54</sup>. Esto se hizo evidente en poco tiempo, al derivarse del estudio ortodoxo<sup>55</sup> que la explicación del porqué los niños atacaban con furia el armario

---

<sup>54</sup> Tenemos suficiente documentación para defender esto: por ejemplo, con misivas dejadas caer por casualidad u olvidadas de los niños a sus familiares que aparecían descuidadamente en la mesa de niños y educadores; robos, agresiones, etc., que siempre eran interpretadas en clave psicopatológica más que de relación simbólica.

<sup>55</sup> Ya mencionamos que nos vimos impelidos a tirar de conceptos construidos simbólicamente (*Secreto, Armario, voz ocupada, Oreja de Dionisio*) por su mejor poder explicativo y penetración en

donde, bajo llave se escondían los informes y diarios que hablan sobre ellos no se plegaba fácilmente a interpretaciones psicológicas, sino que escondía, en verdad, el «secreto» (símbolo de un aparato estructural) que hurta, cosifica y hace de él una “cosa” material, tangible y física, la vergüenza (a menudo sexual) que la institución custodia<sup>56</sup>.

Por supuesto, estas consideraciones no nos arrojan inmisericordemente al vacío arendtiano del suelo/referencial que tiembla a nuestros pies, ni nos dejan estancados en un mundo imaginario bachelardiano. La asunción marxiana de la enajenación laboral, la cosificación del sujeto y la personificación del objeto están bien argumentadas y acuden a ser nuestro soporte teórico más consistente. Siguiendo el estudio de Arteta (1993:IV), podemos resumir que: los objetos o cosas, merced a su determinación social en el proceso productivo capitalista, se tornan suprasensibles, sustantivos, poderosos y autónomos (personalización fetichista enajenante); a la vez que los trabajadores, “cosas” administradas<sup>57</sup>. El objeto, por tanto, se torna, en una especie de transsubstanciación terrenal, en sujeto hostil hacia el hombre-cosificado. Estas características no son imaginarias, sino reales en toda su plenitud, precisamente por estar a la base de la producción social (realidad o realismo social)<sup>58</sup>. Arteta (1993:235) escribe: «Así que no estamos ante un lenguaje metafórico, sino, más bien, ante una metáfora real, ante una real trans-lación o transformación de las cosas, una transferencia de cualidades sociales a las cosas mismas». Y prosigue: «La alienación de las cosas en este modo de personificación resulta ser, en consecuencia, una *subjetivación* de las cosas correlativa a una “objetivación” de las relaciones sociales o reificación, un proceso de *inversión entre*

---

una realidad estancada e hiperinsuflada. Las obras simbolistas y literarias de Cirlot para entender la feria (en nuestro trabajo sobre los gitanos portugueses) o Gómez de la Serna para comprender el rastro (en los gitanos españoles) fueron herramientas magníficas (Cirlot, 1992; Gómez de la Serna, 2002; Marinas, 2001).

<sup>56</sup> En otro lugar, como adelantamos, la norma tácita se hizo visible cuando el que suscribe, como educador-maniquí quiso llevar a un niño gitano institucionalizado a la «Oficina de objetos perdidos» del municipio para devolver un objeto robado (*encontrado*) por el niño. El educador quiso hacer que el niño interiorizara la norma de la propiedad/pertenencia cosificando, haciendo de la pertenencia una presencia física: si se encuentra un objeto, éste tiene propietario, y existe una Oficina municipal para depositar los objetos *perdidos*. ¿Una idea descabellada?

<sup>57</sup> No debemos olvidar que el trabajo social es, primariamente, un trabajo (por tanto, donde hay producción social y capital); más enajenante por cuanto se da con y entre personas, además catalogadas como subproductos en el margen que hay que recapitalizar.

<sup>58</sup> En sentido epistemológico, claro está. Pero puesto que hemos usado una metodología auxiliada por lo literario, y aunque en otras tradiciones (incluido el formalismo ruso), la crítica al realismo social entraría en cualquier caso dentro de una consideración solidaria de los procesos capitalistas-comunistas, como bien entiende Buck-Morss (2004).

*sujeto y objeto de la producción».* La personificación de las cosas, así, coincide con la enajenación de los sujetos que, paradójicamente, representan a las cosas personificadas. Con esta base, fácil nos es sustentar el aparato metonímico-metáforico que hemos dispuesto del maniquí en la muñequería y la carcoma política. La deformación calculada es estratégica porque nos conduce razonablemente hasta los límites de una realidad construida que contrarresta la imaginería y el simbolismo perverso (nebulizador que la sustentan): sorprendemos así lo monstruoso, lo feo, lo maléfico, el ensueño, el deseo y el secreto. Los bordes, en definitiva, de esa realidad, que nos desvelan su palpitante perímetro o corazón perimetral. Por tanto, su motor sociopolítico. Es cierto que este método introduce y arrastra un mismo lodo nebuloso (la ficción) que debería confundir, y lo hace: pero estimamos que el espejo deformante valleinclanesco descoyunta (*extraña* en términos del formalismo ruso) una realidad especular que por sí mismo está falsificada; por el simple y mismo hecho de declararse como real y verdadera: falsificación de y por el poder. Ignoramos si nuestro cálculo, en lugar de contrarrestarla, añade y suma más confusión a una realidad ya difícil. En verdad, intentamos calibrar sus efectos por sus consecuencias. Pero aún así, la hiperrealidad (para lo que tumbamos también al mismo Anobio, al que le buscamos la ruina y el fracaso) vendrá a ser, confiemos, tan tensa que reviente del todo, exigiendo recomposiciones de forma y fondo. Esa es nuestra humilde aspiración en definitiva. Una idea ignorante y bárbara: tensar la cuerda. Estando preparados para el latigazo.

### **VIII. El Anobio biófago**

No ve la silla, además ahora viene sonriendo con cándido contentamiento y se acerca a ella sin reparar, mientras esforzadamente el Anobium deshace en la última galería las últimas fibras... El viejo piensa que va a descansar digamos media hora, que tal vez dormite incluso un poco... que ciertamente no tendrá la paciencia de leer los papeles que lleva en la mano... Y no lo anticipemos, aunque sepamos que la silla se va a partir: pero todavía no, primero tiene que sentarse el hombre despacio -a nosotros, los viejos, nos marcan las leyes las trémulas rodillas-, tiene que posar las manos o agarrar con fuerza los brazos o sujetaciones de la silla, para no dejar[se] caer bruscamente... en el asiento que le ha soportado todo...

Concluyamos. La organización sobre la que reflexionamos es, en definitiva, ficticia (por arbitraria); precisamente por eso de una ficción con claros rendimientos sociopolíticos: ficticia y política por varios motivos fundamentales: 1º. Se funda en torno a la designación contrapuesta de una alteridad determinada, bajo criterios categoriales guiados por un ideal educativo y social, mediante una ventriloquia en la que *se dicen saber* las necesidades de quienes han de ser necesariamente beneficiarios de nuestra benévola asistencia (no sólo por el *conocimiento* autorizado de las ciencias sociales, sino por la convicción identitaria que designa una alteridad *necesitada*) o incluso de una supuesta justicia social que, evidentemente, al falsearse, no puede ser tal en estos términos de asimetría no equitativa; 2º. La organización se excusa tanto en las políticas de bienestar social como en las disciplinas sociales de supuesta autoridad científica, cuya deconstrucción nos permite resituarlas bajo premisas de interés sociopolítico; 3º. La organización se alimenta de recursos de ficción en torno a *casos*; incluso administrativamente como custodio de secretos y gestora de alteridades; 4º La acción política dentro de la misma, desde puestos jerárquicos de poco o escaso poder, al menos intra-institucionalmente, tiene que recurrir en numerosas ocasiones a recursos de ficción para eludir las instrucciones no compartidas, la vigilancia y la censura, etc.; permitiendo la subsistencia de la crítica profesional, la potenciación de los «beneficiarios» (con el riesgo *consciente* de una nueva ventriloquia), etc.; y 5º. La socialización disciplinaria (en la carrera profesional, el voluntariado, las prácticas y cursos, etc.), la socialización intra-institucional (rutinas y rituales laborales, experiencia, cursos de formación interna, conflictos, frustraciones y fracasos...), y la socialización personal (familiar, ideológica, personal...) de los educadores, supone para éstos, en su práctica educativa necesitada de reflexión crítica, un obstáculo que en muchas ocasiones es necesario remover y salvar para permitir nuevas luces auto-críticas, puesto que los educadores, como los «beneficiarios», *hacen parte* y *son* institución. Por esta última razón, es menester idear recursos y estrategias metodológicas que, soslayando estas censuras, permitan entrever vías de sentido novedoso. A nuestro juicio, sólo auxiliares hermenéuticos como los aquí ensayados en torno al «Desquiciamiento» puede alcanzar este objetivo: salir estando dentro, traicionarse a sí mismo, desvelar el interés de fondo en nuestra propia socialización,

idea y acción. Ello será posible sólo manteniendo como horizonte este nihilismo de acción (la renuncia al rol profesional, sometido a la práctica política), a pesar de la suspensión (cautelar) y cuestionamiento de nuestra identidad profesional. El Anobium xilófago pasa así, de roer la pata de la silla, a carcomer el cuerpo de quien en ella se sentó o quiso en ella sentarse estando de pie: el Anobium transfigurado, biófago.

Aún no se ha sentado. Su peso, gramo más, gramo menos, está igualmente distribuido en el asiento de la silla. Si no se moviese podría permanecer así, a salvo, hasta ponerse el sol, altura en la que el Anobium acostumbra recobrar fuerzas y roer con nuevo vigor. Pero se va a mover, se ha movido, se ha recostado en el respaldo, se ha inclinado incluso en casi nada hacia el lado frágil de la silla. Y ésta se parte. Se parte la pata de la silla, crujío primero, después la desgarró la acción del peso desequilibrado y, de repente, la luz del día entró deslumbrante en la galería... [...] El cuerpo que soportaba la silla cayó, surgiendo en la cabeza del viejo un golpe sanguinolento.] Es el hematoma. Es ahí donde en este momento se encuentra el Anobium, preparado para el segundo turno (J. Saramago, «Silla», 1983)<sup>59</sup>.

## Bibliografía<sup>60</sup>

- Abad, S. (2001). Violencia en las instituciones, en R. Teubal y cols., *Violencia familiar, Trabajo social e instituciones*. Buenos Aires: Paidós, cap. 3.
- Albiac, G. (1995). *Caja de muñecas. Figuras de la concepción immaculada*. Barcelona: Ensayos/Destino.

<sup>59</sup> Una dimensión abierta que permitirá adentrarse sucesivamente por los vericuetos del poder en acción y activado: allá donde Saramago se detendrá, vislumbrado o sugiriendo sólo la autocrítica del Anobio biófago, Augusto Roa Bastos (1974) aprestará el oído a la duración de la caída de la piedra en la medición del fondo del abismo abierto: la mosca curtonebra ha delatado nuestra presencia.

<sup>60</sup> Como ha comprobado el lector, se citan e incluyen obras del autor. Esto es debido a la siguiente razón: aunque algunas están publicadas, su citación es necesaria porque conforman los antecedentes ortodoxos de esta investigación, es decir, estudios etno- y sociográficos habituales, sobre los que se fundamenta el ensayo que aquí proponemos; además, son "productos manufacturados" condicionados en el campo (producidos precisamente por las exigencias y condiciones laborales alienantes) y sobre los que es preciso volver autocríticamente. Otras son inéditas, y su cita es igualmente imprescindible porque constituyen fuentes de datos para el análisis (relatos cortos, notas, diarios, informes o dibujos producidos en el campo en determinadas condiciones de alienación laboral). Todas estas citas articulan, por ende, y al margen de la vanidad, una propuesta ensayada conforme a un método novedoso, donde el investigador aparece como personaje "adentro" del entramado social que estudia, estrategia de la cual la antropología se sirve habitualmente en su actitud reflexiva e intersubjetiva, por cierto. Entendemos, por tanto, que nuestra propuesta es estrictamente antropológica (lo que no significa "necesariamente Etnográfica").

- Amorós, P., y Paricio, P. (Los Titiriteros de Binéfar) (2005). *Títeres y titiriteros. EL lenguaje de los títeres*. Huesca: Pirineum Edt.
- Arenal, C. (1894). *La Beneficencia, la Filantropía y la Caridad*. Obras completas de Dña. Concepción Arenal, Madrid. Tomo II.
- Arenal, C. (1946 a). *El visitador del pobre*. Obras completas de Dña. Concepción Arenal, Madrid. Tomo I.
- Arenal, C. (1946 b). *El visitador del preso*. Obras completas de Dña. Concepción Arenal, Madrid. Tomo XII.
- Aridjis, Ch. (2005). *Topografía de lo insólito. La magia y lo fantástico literario en la Francia del siglo XIX*. México: F. C. E.
- Ariza Segovia, S. (1993). *Significado y efectos del internamiento en instituciones de acogida infantiles y juveniles*. Madrid: U. Complutense, tesis doctoral.
- Arteta, A. (1993). *Marx: valor, firma social y alienación*. Madrid: Eds. Libertarias.
- Bachelard, G. (2004). *La poética del espacio*. México: F. C. E.
- Bentham, J. (1989). *El Panóptico*. Madrid: Eds. de la Piqueta.
- Brautigam, W. (1964). *La Psicoterapia en su aspecto antropológico*. Madrid: Gredos.
- Bretón, V. (2001). *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los Andes ecuatorianos*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Bretón, V. (2004). Las Organizaciones No Gubernamentales y la privatización del desarrollo rural en América Latina, en *Entre las Gracias y el Molino Satánico: Lecturas de Antropología Económica*, compilado por P. Moreno Feliu, cap. 20. Madrid: UNED Eds.
- Bristol, O. (2000) *Guía del coleccionista de muñecas*. Madrid: Drac.
- Bristol, O., y Geddes-Brown, L. (1998). *Casas de muñecas. Miniaturas de la vida cotidiana y los estilos arquitectónicos desde el siglo XVII a nuestros días*. S. I.: Anaya.
- Buck-Morss, S. (2004). *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*. Madrid: La Balsa de la Medusa.
- Bueno Bueno, A. (1995). Las residencias de menores como instrumentos terapéuticos. Estudio de un caso, en A. Martínez Sánchez y G. Musitu Ochoa (eds.), *El estudio de casos para profesionales de la Acción Social*. Madrid: Narcea, pp. 215-230.
- Burke, P. (2002). *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*. Barcelona: Paidós.
- Burman, E. (1998). *La deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor.
- Calder, M. C. (1995). Protección del menor. Equilibrio entre paternalismo y colaboración, en D. Salcedo Megales (comp.), *Los valores en la práctica del Trabajo social*. Madrid: Narcea, pp. 66-87.

- Canetti, E. (1984). *La antorcha al oído. Historia de una vida, 1921-1931*. Madrid: Alianza-Muchnik.
- Canetti, E. (2003). *La escuela del buen oír (Auto de fe; El Testigo Oidor; Las voces de Marrakesch)*, Obras completas III. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores.
- Chambon, A. S., et alii (eds.) (2001). *Foucault y el trabajo social*. Granada: Ed. Maristán-E. U. T. S. Linares, Univ. de Jaén.
- Cimica, M. (1970). *Los complejos y los conflictos psicológicos (Libro guía para comprender a los demás y a nosotros mismos)*. Barcelona: Ed. Hispano Europea.
- Cirlot, J. E. (1992). *Ferias y atracciones*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- Correa Gamero, M., y Martín Barroso, C. (1996). Sociología del desamparo/marginación, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 1ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 4.
- Derrida, J. (1998). *Políticas de la amistad seguido de El oído de Heidegger*. Madrid: Trotta.
- Eaton, F. (1995). *El libro de las casas de muñecas*. Tolosa, Guipúzcoa: Ed. Raíces.
- Editorial Salvat (1958) (1ª ed.; 1967, 8ª ed.). *El mundo de los niños en quince volúmenes*, tomo 13º: *La familia*; y tomo 15º: *El niño en el mundo actual*, Barcelona: Salvat.
- Ferenczi, S. (1997). *Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fernández Del Valle, J., y Fuertes Zurita, J. (2000). *El acogimiento residencial en la protección a la infancia*. Madrid: Pirámide.
- Foucault, M. (2000). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2001) *Los anormales*. Madrid: Akal.
- Freire, P. (1990). *La naturaleza política de la educación. Cultura, poder y liberación* (introducción de H. A. Giroux). Madrid: M. E. C.-Paidós.
- Fuertes Zurita, J., y Fernández Del Valle, J. (1996; 2001 para la 2ª. Ed.). Recursos asistenciales para menores, en J. De Paúl Ochotorena y M. I. Arruabarrena Madariaga, *Manual de protección infantil*. Barcelona: Masson, cap. 10.
- García-Borés Espí, J. Mª. (1996). La desarticulación de discursos y la versión única como fenómeno e instrumento de poder, en A. J. Gordo López y J. L. Linaza (comps.), *Psicologías, discursos y poder*. Madrid: Visor, cap. 17.
- García Méndez, E. (1991). Prehistoria e historia del control sociopenal de la infancia: política jurídica y derechos humanos en América Latina, en E. García Méndez y Mª. C. Bianchi (comps.), *Ser niño en América Latina. De las necesidades a los derechos*. Buenos Aires: Galerna.
- Garmendia, J. ([1927] 1995). *La tienda de muñecos (y La Tuna de oro)*. Barcelona: Montesinos.

- Gebssattel, E. F. (1966). *Antropología médica*. Madrid: Rialp.
- Goffman, E. (1994). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez de la Serna, R. (2002). *El Rastro*. Fotografías de C. Saura. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- González González, E. y Morales Díaz, J. (1996). Menores en situación de riesgo social, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 1ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 1.
- Gore, J. M. (1996). *Controversias entre las pedagogías. Discursos críticos y feministas como regímenes de verdad*. Madrid: Morata.
- Healy, K. (2001). *Trabajo social. Perspectivas contemporáneas*. Madrid: Morata.
- Hervada, J. (1975). *Diálogos sobre el Amor y el Matrimonio*. Pamplona: EUNSA.
- Hesse, H., 1982, *Demian. La historia de la juventud de Emilio Sinclair*, México: E. M. U.
- Iraizoz, E., y Olza, M. (1979). Un experimento de recuperación personal y social, en J. Campos Castelló et alii, *Niños difíciles. Diagnóstico y Tratamiento*. Madrid: Ed. Karpas, pp. 237-276.
- Kraemer Koeller, G. (1960). *Previsión y conservación de bibliotecas y archivos contra agentes bióticos, el fuego y factores climáticos*. Madrid: Sección de Publicaciones de la Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- La Rubia de Prado, L. (2002). *Kafka: el maestro absoluto*. Granada: U. de Granada.
- Lalueza, J. L. et alii (1994). Derecho a una familia y abandono. Algunos matices sobre el sistema de acogida a niños en situación de riesgo social, *Infancia y sociedad*, nº. 27-28, pp. 337-350.
- Laín Entralgo, P. (1961). *Teoría y realidad del Otro*. Madrid: Revista de Occidente.
- Laín Entralgo, P. (1964). *La relación médico-enfermo*. Madrid: Revista de Occidente.
- Lorimier, J. (1971). *El adolescente: proyecto vital. Identidad psicosocial y vocación*. Madrid: Eds. Marova.
- Lynch, F. M. (1982). *La estrategia de Elías Canetti* (citado en las Obras completas de Canetti).
- Marks, D. (1996). ¿Trabajar juntos? Defenderse de la ansiedad y el conflicto en los casos únicos educativos, en A. J. Gordo López y J. L. Linaza (comps.), *Psicologías, discursos y poder*. Madrid: Visor, cap. 13.
- Marinas, J. M. (2001). *La fábula del bazar. Orígenes de la cultura del consumo*. Madrid: La balsa de la Medusa.
- Martín Peral, M. (1994). Centros de acogida: niños en espera, *Infancia y sociedad*, nº. 27-28, pp. 327-336.

- Martínez Magdalena, S. (1997). *El visitador del pobre y preso moribundo. Advertencias sobre la intención antropológica en la inquisición de la identidad biográfica*. Madrid: UNED, inédito.
- Martínez Magdalena, S. (1999). *Etnia, clase y hegemonía cultural. Reflexiones para un debate acerca de la educación interétnica en instituciones de acogida infantil*. Tudela de Navarra: ANNF.
- Martínez Magdalena, S. (2000). *El increíble caso del hombre de las zapatillas mengüantes*. Relato corto inédito. Tudela de Navarra.
- Martínez Magdalena, S. (2001). *El difícil arte de la definición personal*. Relato corto, inédito. Tudela de Navarra.
- Martínez Magdalena, S. (2002a). Robar, hurtar, coger, encontrarse, tomar prestado, el rastro, la feria, y la oficina de objetos perdidos. A propósito de la diversidad normativa y su pertinencia en la educación institucional, *IX Congreso de Antropología, Barcelona: FAAEE*.
- Martínez Magdalena, S. (2002b). *Monio* (dibujo, lápiz sobre papel).
- Martínez Magdalena, S. (2002d). *Huevos de pez. La mentalidad anacrónica como explicación de la mengua cognitiva*. Ensayo, inédito. Tudela de Navarra.
- Martínez Magdalena, S. (2003a). *Los Bronte* (dibujo, lápiz sobre papel).
- Martínez Magdalena, S. (2003b). La acción política en la práctica de los profesionales sociales, *Ankulegi. Rev. de Antropología Social*, nº. 7, 2003, pp. 45-56.
- Martínez Magdalena, S. (2005a). Tutelas delegadas o muerte social. Un estudio antropológico comparativo entre la necesidad infantil del control esfinteriano y su necesidad sobrevenida en la decrepitud. *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Rosario, Argentina, 20-23 de septiembre de 2005*. Mesa Temática nº 57: "Marginación y exclusión: otras formas de pensar la agonía y la muerte". Actas.
- Martínez Magdalena, S. (2005b). *Anobium* (dibujo, tinta sobre papel).
- Martínez Magdalena, S., y Gómez Quintero, J. D. (2002). Imágenes del Tercer Mundo. Geografías y etnografías imaginarias en la representación simbólica de la commiseración contemporánea, *IX Congreso de Antropología, Barcelona: FAAEE*.
- Martínez Sánchez, A. (1995). Las instituciones educativas de menores y jóvenes marginados. Estudio de un caso, en A. Martínez Sánchez y G. Musitu Ochoa (eds.), *El estudio de casos para profesionales de la Acción Social*. Madrid: Narcea, pp. 231-255.
- Melendro Estefanía, M. (1998). *Adolescentes protegidos. Una aproximación desde la perspectiva de la Pedagogía Ambiental*. Madrid: Comunidad de Madrid-I. M. M. F.
- Melger, A. (2000). *Muñecas antiguas. Una valiosa herencia*. Madrid: Dastin.

- Merino Fernández, J. V. (1998). Acción pedagógico-preventiva de las dificultades en la socialización, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 2ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 5.
- Mesa Gancedo, D. (2002). *Extraños semejantes. El personaje artificial y el artefacto narrativo en la literatura hispanoamericana*. Zaragoza: P. U. Z.
- Menéndez, E. L. (2002). *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Barcelona: Bellaterra.
- Molina Martínez, M. (1996). Marginación/desamparo y prevención infanto-juvenil, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 1ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 3.
- Mondragón, J., y Trigueros, I. (2002). *Intervención con menores. Acción socioeducativa*. Madrid: Narcea.
- Moraleda Cabanillas, M. (1996). Entrenamiento en el comportamiento prosocial con menores inadaptados, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 1ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 10;
- Moraleda Cabanillas, M. (1998). Entrenamiento en el comportamiento prosocial, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 2ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 13.
- Moreno Díaz, A. (1998). Menores desprotegidos: recursos educativos institucionales, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 2ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 19.
- Morente Mejías, F. (1997). *Los menores vulnerables. Aproximación sociológica a los orígenes de la desigualdad social*. Jaén: U. de Jaén-U. N. E. D.
- Muñoz Sedano, A. (1998). Minorías culturales y su incidencia en el desamparo/conflicto social, en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 2ª. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 6.
- Müller-Eckhard, H. (1968). *Educación sexual. Fundamentos*. Salamanca: Eds. Sígueme.
- Nasio, J. D. (Dir.) (2001). *Los más famosos casos de psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Ordóñez, C., Ordóñez, L., y Rotaecho, M. del Mar (1997). *El mueble. Conservación y restauración*. Fiesole (Florencia): Nerea/Nardini Editore.
- Oheim, G. (1968). *Tu vida social (El ABC del Buen Tono o Enciclopedia de la Cortesía Moderna)*. Madrid-Barcelona-México: Daimón.
- Orwell, G., 1985, 1984, Barcelona: Círculo de Lectores.
- Perinat, A., et alii (1994). El derecho de los niños a un proyecto de futuro, *Infancia y sociedad*, nº. 27-28, pp. 305-312.
- Roa Bastos, A. ([1974] 2003). *Yo el Supremo*. Madrid: Cátedra.

- Rodari, G. (1979). *Gramática de la fantasía: introducción al arte de inventar historias*. Barcelona: Ed. Reforma de la Escuela.
- Ros, S. ([1930] 1996). *El ventrilocuo y la muda*. Madrid: Eds. Libertarias/Prodhufi.
- Sánchez Ferlosio, R. (1970). *Industrias y andanzas de Alfanhui*. Madrid: Salvat y Alianza.
- Saramago, J. (1983). «Silla», en *Casi un objeto*. Madrid: Alfaguara.
- Sánchez Vidal, A. (1999). *Ética de la intervención social*. Barcelona: Paidós.
- Samper, Ll. (1996). La construcción social del otro por los futuros educadores, en C. Solé (ed.), *Racismo, etnicidad y educación intercultural*. Lleida: U. de Lleida, cap. 3.
- Serrado Soldevilla, J. J. (1996). Organización funcional de centros dedicados a la intervención con población en situación de riesgo social», en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 1<sup>a</sup>. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 14.
- Serrado Soldevilla, J. J. (1998). Organización funcional de equipamientos..., en E. García (coord.), *Menores en desamparo y conflicto social*. 2<sup>a</sup>. Ed. Madrid: Eds. CCS, cap. 17.
- Serrano Blasco, J. (1995). Estudio de casos, en A. Aguirre Baztán (ed.), *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Barcelona: Ed. Boixareu-Marcombo, cap. 16.
- Scott, J. C. (2003). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tafalla: Txalaparta.
- Suñol, J. (1995). *Educar a jóvenes de riesgo social. Experiencia de un educador*. Madrid: Ed. CCS.
- Tilmann, K. (1963). *Educación de la sexualidad. Problemas y soluciones*. Barcelona: Herder.
- Valverde Molina, J. (1993). *Proceso de inadaptación social*. 3<sup>a</sup>. Ed. Madrid: Ed. Popular.
- Vega, A. (1989). *Pedagogía de inadaptados sociales. La educación del menor inadaptado*. Madrid: Narcea.
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida. Ciencia humana para una pedagogía de la acción y la sensibilidad*. Barcelona: Idea Books.
- Virno, P. (2003). *Virtuosismo y revolución. La acción política en la era del desencanto*. Ed. Traficantes de sueños, Madrid.
- White, M. (2002). *Reescribir la vida. Entrevistas y ensayos*. Barcelona: Gedisa.